

ALMANAQUE DE BUEN HUMOR

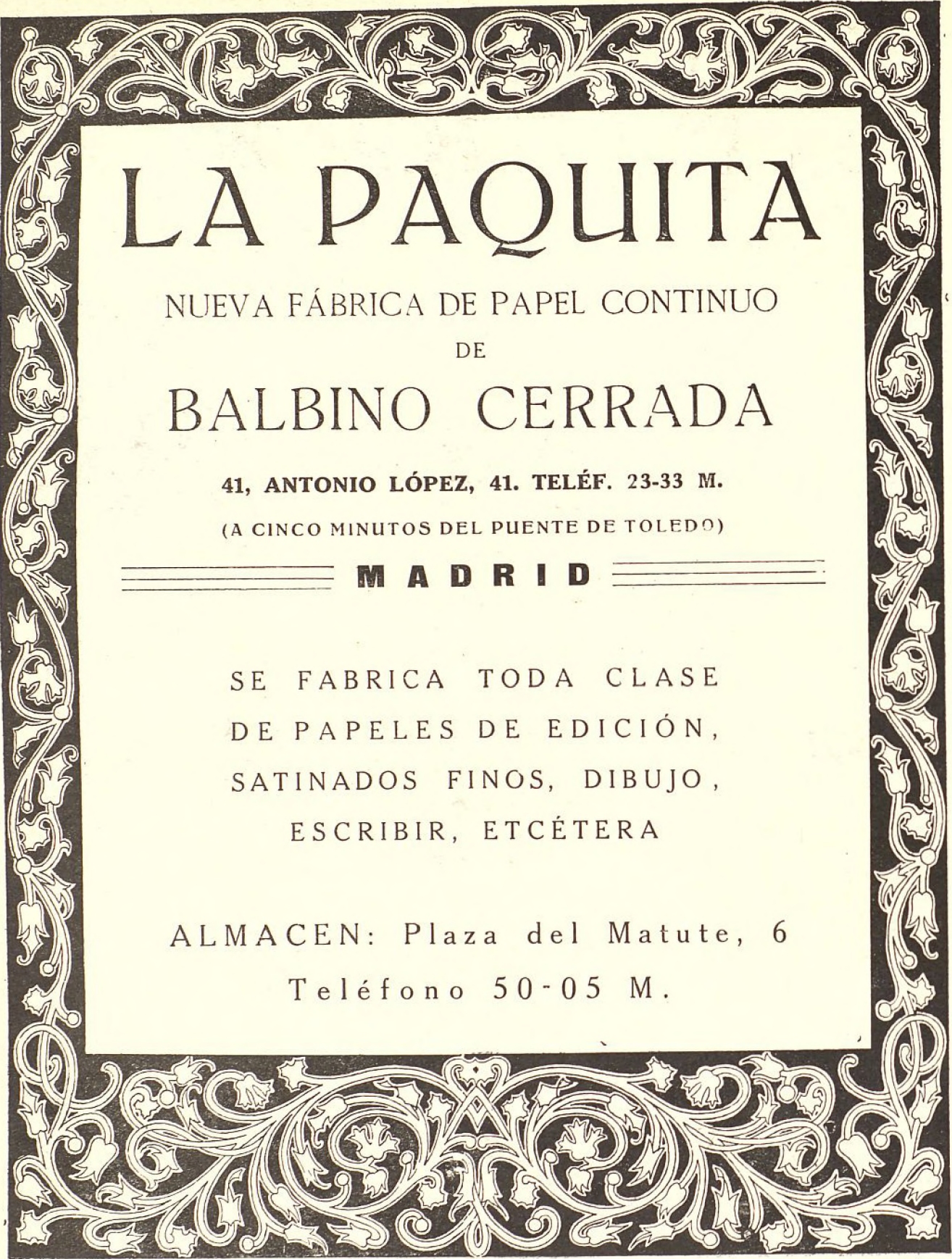


1926



Ayuntamiento de Madrid

UNA PESETA

A decorative border with intricate floral and scrollwork patterns surrounds the central text area.

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO
DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LÓPEZ, 41. TELÉF. 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

===== **M A D R I D** =====

SE FABRICA TODA CLASE
DE PAPELES DE EDICIÓN,
SATINADOS FINOS, DIBUJO,
ESCRIBIR, ETCÉTERA

ALMACEN: Plaza del Matute, 6

Teléfono 50-05 M.



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

23.—Sueño de todos los españoles...
y españolas.

ARTICULO **RECOMPENSA**

24.—Romanones, Melquiades, Alhucemas.

III P III
II

ADVERBIO

Crédito de la Unión Minera

25.—Charada.

—El paseo por la costa me salió
segunda tres. Me segunda prima des-
de una *tercia segunda* al mar.

—Te parecerías a *todo* cuando lo del
famoso percanse.



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

26.—Crepúsculo.

Bombilla
Oriente Pistola
Bujía



27.—Alto y tieso.

Consonante — Artesilla

28.—Sentencias sin ortografía.



29.—De espejismo.

NOTA NOTA I PASION DESEO



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —

CORTÉS, HERMANOS...BARCELONA

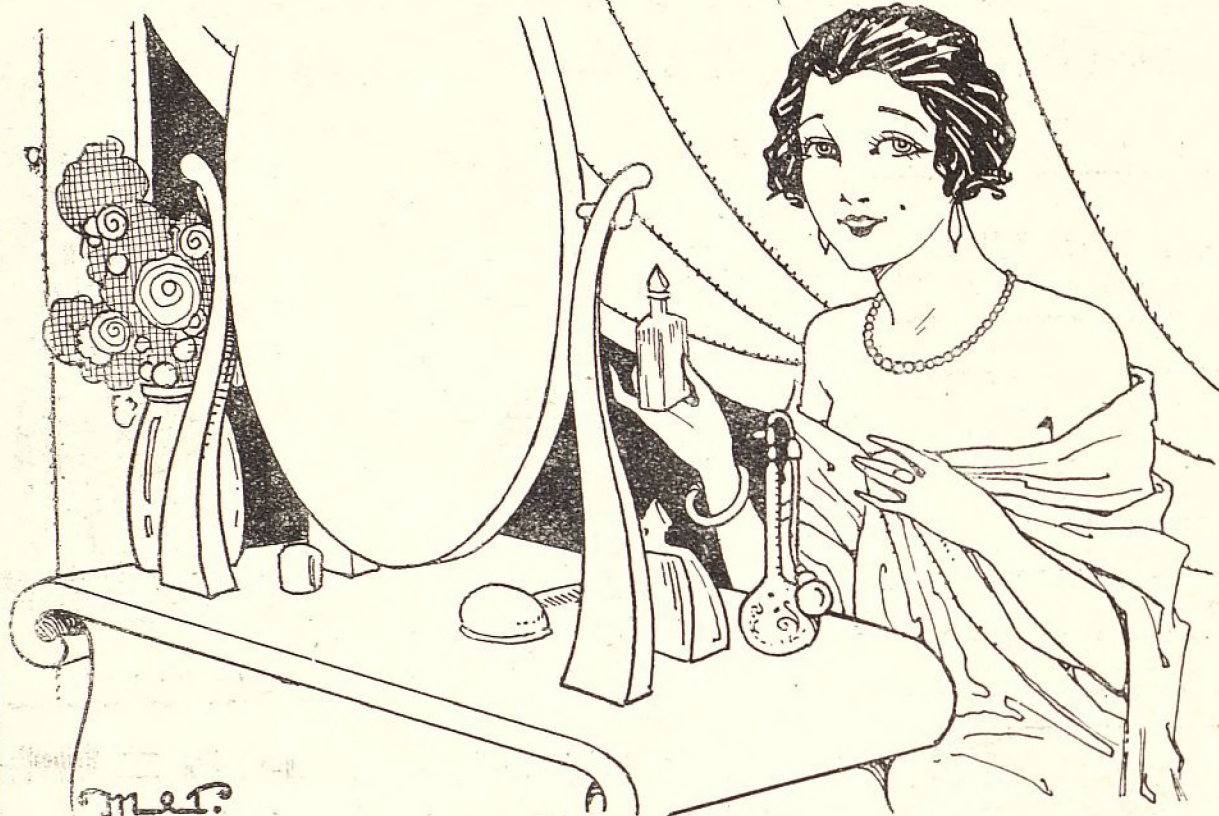
Supón núm. 4

que deberá acompañar a
toda solución que se nos
remita con destino a nues-
tro CONCURSO DE PA-
SATIEMPOS del mes de
diciembre.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA



Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

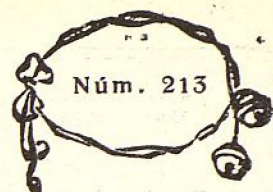
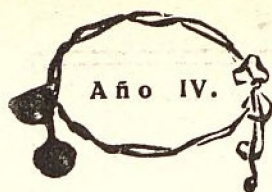
La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



CUMPLEAÑOS, SALUTACIÓN Y OTRAS COSILLAS

Señores: tenemos el gusto, la satisfacción, la amabilidad y el desprendimiento de adjuntarles a ustedes el número Almanaque de BUEN HUMOR para el año 1926.

No quiere decirse que esta noticia sea nueva, pero tampoco el edificio del Banco de España es nuevo, «y si nos dejasen entrar allí, advirtiéndonos previamente: Pueden llevarse lo que deseen», entraríamos todos en confusísimo tropel y nos llevaríamos hasta el estuco. De donde se deduce, como de una fórmula matemática, que la noticia anterior no es despreciable. Ahí va, pues, nuestro número Almanaque para el 1926.

De su valor, ustedes van a juzgar dentro de un instante. Para nosotros, tiene más valor que el general Palafox, que era todo un valiente, pero a nosotros no conviene hacernos mucho caso, porque somos los padres de la criatura. Antes de seguir avanzando, les vamos a confesar que este número Almanaque tiene dos cosas que no tuvieron los anteriores. Primera: que es para 1926, mientras que los otros eran para 1925, para 1924, etc., etc., y, segunda: que este es el cuarto, en tanto que los que le precedieron eran el tercero, el segundo y el primero, respectivamente.

Tal vez algún lector no le conceda a esto demasiada importancia. No obstante, la importancia de semejante hecho es grandísima.

Porque poner a la venta el cuarto número Almanaque de un semanario significa que ese semanario ha alcanzado cuatro dilatados años de existencia. Y esto, traducido al idioma que se modula en la rue de la Paix, quiere decir *succès*, y si lo vertemos al castellano, aunque lo vertamos con mucho cuidado, que es precisamente como no suele verse nada en este mundo,

quiere decir *éxito*. O, lo que es lo mismo, que por ahí gustamos horrores. ¡Así estamos todos de huecos! (1).

Sí, señores; en el Omega de la sinceridad ha sonado la hora de decirlo: BUEN HUMOR lleva una marcha triunfal de tal categoría que, la de Rubén Darío a su lado, es una copla de *La Doctores*. La gente se pega por adquirirnos y, tanto en la heroica España, como en la noble América, como en la marítima Inglaterra, como en la asal-

(1) Porque no tenemos nada dentro de la cabeza, naturalmente.



Dib. SILENO.—Madrid.

chichada Alemania, como en la melodiosa Italia, como en la lagunosa Suiza, como en la fiordescia Noruega, el público consciente nos favorece más que si nos retratase «Kaulak». Y sea en los trópicos, sea en los Polos, sea en el Ecuador, sea en el vestíbulo del Cómic, constantemente surgen simpáticas criaturas que se sacuden las perras gruesas necesarias para comprarnos, y que nos compran.

Porque nosotros no decimos como algunos individuos de recta conciencia que se pasan la vida gritando: «¡Yo soy un hombre íntegro! ¡Nada me hace cambiar de manera de pensar! ¡A mí no me compra nadie!...» No. Nosotros tenemos el cinismo de proclamar: «¡Nos compra todo el que se lo propone! ¡Nos compra todo el que quiere! ¡Nos compra todo el mundo!» No podemos remediarlo: somos así de veras.

Cuatro años y pico, doscientas trece semanas—el pico es de cinco números, y a ver quien encuentra un pico más corto como no sea en un canario flauta—hace que vimos la iluminación pública por vez primera. Tenemos, pues, cuatro años, un mes y cinco días: lo que un rafero medianamente decente. Y, sin embargo, conservamos la agilidad juvenil, la ingravidez, la frescura. Sobre todo la frescura.

Y estamos dispuestos a conservar todo eso durante cinco mil años para regocijo de nuestros lectores.

De manera que, en realidad, esto no es más que el principio. Tengan ustedes la bondad de esperar cinco mil años y nos conocerán tan revoltosos y tan simpaticones como hasta hoy.

¿Hemos dicho hasta hoy? Pues hemos querido decir hasta mañana.

Que ustedes lo pasen bien y feliz entrada de año.

BUEN HUMOR

FALTA DE JUICIO

Según me ha dicho un mago,
distinto habrá de ser
del año veinticinco
el año veintiséis;
mas yo no digo en verso
lo que ha de suceder;
que hacer «juicios del año»
ya es cosa *demodée*.

Decir que a los señores
políticos de ayer
veremos por las calles
vestidos de bebés,
tocando la zambomba,
la gaita y el rabel,
es cosa tan manida
que no se debe hacer.

Decir que los caseros
el año veintiséis
perdonarán al pobre
vecino su alquiler
y le darán encima
dos duros y un bisté,
la mi-ma gracia tiene
que un *Miserere mei*.

Decir que en los aviones
que suben hasta *il chel*
se bogará lo mismo
que en un vapor inglés,
es necio, pues ya suelen
tomar en ellos *tés*

y hacer de un auto-giro
un auto-cabaret.

Decir que ya por celos
no habremos de temer
que mate o que se mate
cualquier amante infiel,
es una zanganada
de gran calibre, pues
hay tontos hoy lo mismo
que en tiempos de Noé.

Que algunas de las chicas
que se han casado ayer
familia tendrán antes
de que transcurra un mes,
será una profecía
que alcance a más de diez;
mas yo aqu no lo digo,
porque eso no está bien;
así como me abstengo
de asegurar con fe
(por más que ya lo dije,
lector alguna vez)
que hogaño las nodrizas
que de mamar nos den
en vez de leche pura
no's van a dar café.

Decir que porque vamos
el Real a componer,
sin *un Real* nos veremos
el año veintiséis,

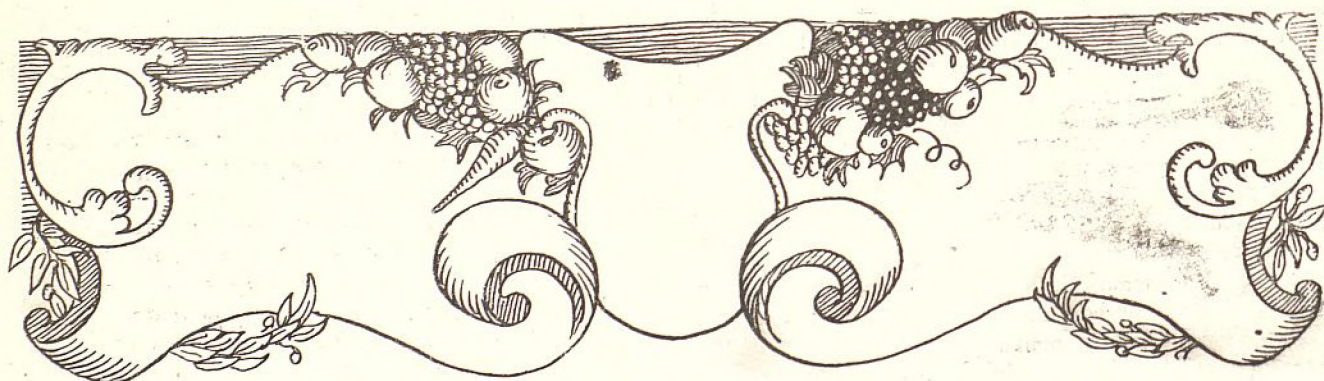
es dar al *calamboure*
honores de sandez,
pues ya se usó mil veces...
o, por lo menos, cien.

¿Que habrá nuevos impuestos?
¡Y qué le hemos de hacer!
¿Que subirán la carne
y el vino moscatel,
y seguirá en Marruecos
el bélico vaivén?
Que pase lo que quiera;
¡yo en paz no lo he de ver!...

En fin, habrá mil cosas
que yo muy bien me sé...
y que porque hay censura
no estampo en el papel.

Y abur, lector. Deseo
venturas para usted;
que las mujeres guapas
le sigan por doquier,
y si es usted lectora,
que llegue a la vejez
(exenta de alifafes)
luciendo tersa piel
nadando como un mirlo,
cantando como un pez
y libre de que un au'o
le rompa un hueso... Amén.

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.



LA VIDA NUEVA DE GARCÍA

García ha pronunciado las palabras de ritual: «Año Nuevo, vida nueva». García es un cumplidor puntual de tradiciones. Hará desde Año Nuevo vida nueva, pero entendiéndose por vida nueva la misma suya, aunque mejor, con método y con orden, «como Dios manda»; es, a saber: encarrilada. La perfección para García consiste en encarrilarse, concepto de la perfección que debe enorgullecer altamente a todas las Compañías de ferrocarriles del planeta. Las Compañías, en efecto, creen también un poco de eso: en cuanto la locomotora y los vagones están encarrilados ya les parece que lo demás no cuenta para nada. ¿Que la locomotora llega retrasada? Eso no importa: más tiempo de tren que se les concede a los viajeros y, total, por el mismo precio. ¿Que las mercancías llegan mermadas porque en el camino se merendaron la mitad algunos de los encarrilados? Eso cae por fuera. La cosa es que no caiga por fuera también la maquinaria. La cosa es ir encarrilados.

García se quiere encarrilar.

Uno de estos años pasados tuvo, acaso, la ilusión de proporcionarse una verdadera vida nueva, lo que se dice nueva, flamante, y fué al Bazar de Vidas Hechas.

Le enseñaron la Vida Frack, la Vida Levita, la Vida Americana —última moda—; hasta la Vida Azul Mecánico, también de mucha aceptación.

Sería largo de contar las explicaciones que dieron a García de cada una de estas Vidas. En cualquier otra ocasión mostraríamos a los lectores el Catálogo de la Casa.

La Vida Nueva, corte Frack, se usaba para bailar en Music Halls al son del jazz-band danzas descoyuntadas, medio baile inglés, medio borrachera de negro. Parece que los faldones del frack se revuelan, en este trajín, de un modo insuperable.

La Vida Levita Novedad, se usa en Vida Nueva, para anuncio, previos determinados letreros en la espalda.

La Vida Americana exige, sobre todo, prescindir de la americana: ir con los tirantes al aire, en mangas —o en cuerpo— de camisa.

No digamos la Vida Azul Mecánico: saber extender el brazo para pedir «la mano» (la mano de la circulación), saber hacer chulerías regateando los tranvías con toda velocidad, y saber pasar con gracia por encima del transeúnte. En fin, aprender mucho, cambiar mucho....

A García le pareció todo aquello demasiado nuevo. Ninguna de aquellas vidas le venía a la medida; no estaba hecho al corte.

Entonces comprendió que lo que, en el fondo quería, no era, precisamente, estrenar ninguna Vida Nueva, sino más bien —¡sí, eso era!— que le volvieran la antigua hasta dejarla como nueva. Lo que solía, en una palabra, hacer con el gabán. Cuando García lleva gabán nuevo es que le ha dado vuelta al antiguo.

Eso es lo que entendía él por Vida Nueva. Arreglar su vida, la suya; un arreglo modesto, económico, casero.

Se ha dejado, pues, de Bazares, y este año se arreglará en casa su vida.

Es una cosa facilísima. Orden, Voluntad, Economía, ser un hombre de Firmeza; imponerse un método para todo, y reducir los Gastos, hasta que se queden en gastos —con minúscula.

García se ha hecho General del Directorio y se ha invadido a sí mismo, se ha declarado en estado de guerra y le ha impuesto al García de ayer el Buen Régimen, vegetariano todo él: a base de calabaza esencialmente.

Lo primero que hará García será poner en orden sus papeles. La mesa de García está en caos. Encima, papeles, y encima de los papeles, libros, y sobre los libros, revistas, y más papeles luego, y las cartas rodando entre medias; todo mezclado con algún que otro cuello de camisa y un décimo de la lotería y el reloj y el sombrero. Cada vez que hace falta un lápiz, o las tijeras o un papel, hay que estar como olfateando a ver por dónde asoma lo que busca, y levantando un montón con mucho cuidadito por la punta, esperando que asome por debajo lo que sea, sin que se derrumbe aquel fío que, aunque fío, tiene un orden relativo y está formando, como los estratos geológicos, un sistema de capas superpuestas que conservan aún, para el geólogo García, una significación y un sentido.

García, con todo, comprende que aquello tiene un límite y es preciso ordenarlo. En tres días queda la mesa despejada. ¡Qué desnudez! Parece que el cuarto se ha desalquilado. Y ¡cómo está de viejo el hule de la mesa! García no tiene, protegiéndolo, una de esas lunas de cristal que sirven para estar, cada vez que tratamos con alguien algún asunto de importancia, mete que te mete por entre el cristal y la mesa, ya la plegadera, ya las tijeras o la uña. García, en los momentos de meditación, rasca el hule con la pluma y el hule deja ahora demasiado al descubierto el mapa de las meditaciones de García.

También ordena los libros y hasta puede que también conteste ciertas cartas que no había contestado hacía lustros.

García se va sintiendo nuevo y aliviado, como si abriera la ventana o saliera del baño.

Por esta época del año aparecen en los escaparates unas agendas de bolsillo que encantan a García: tienen una hoja en blanco para cada día del mes y, al final, un suplemento en donde se apuntan los libros prestados y las visitas por hacer, a más de unas tablas en donde se consigna la equivalencia entre celemines y hectólitros, entre millas inglesas y pulgadas, y donde está la dirección de todas las Casas de Socorro. Toda la vida puede cambiar con un librito de éstos.

García se compra este librito y se suscribe a todas las obras de La Biblioteca *La Regeneración*: obras que sólo con leer los títulos se siente uno ya otra persona: *Hombre ¡levántate!*; *El camino del Exito*; *El triunfo es tuyo*; *Alarga la mano y cogel*; *Manda y te obedecerán*; *Usted manda*; *Será porque no quieras...*; *El Imperio de la mirada*.

Después de esto no le queda ya a García más que la reducción de los gastos, la minusculización de los gastos.

En esto es en lo único que encuentra el gran García determinadas dificultades.

Siempre empieza por el capítulo tabaco: fumando cinco cigarrillos menos cada día puede ahorrarse... Echa la cuenta. Pero García después se acuerda de que no fuma.

Cambia de sistema: conociendo los ingresos basta dividir esa cantidad por los días que tiene el mes para saber de qué dinero puede disponer cada día.

La cosa está bien clara:

$$g = \frac{i}{d \cdot m}$$

Lo malo es que siendo $i = x$ no se puede saber el valor de g . García comprende entonces que los gastos pueden ajustarse a los ingresos siempre que haya ingresos, pero nunca si no los hay.

Por eso García deduce que esto de la Vida Nueva requiere cierta preparación, algún estudio previo.

Antes, prepararse; luego, ejecutar.

En vista de eso, García arranca a *La Contabilidad de Bolsillo*, que también se había comprado, las hojas del *Debe*; se queda solo con las hojas del *Haber*, y se queda en la cama hasta las doce todos los días leyendo y meditando el primer tomo de la Biblioteca *La Regeneración*: el tomo «*Levántate, hombre*».

MANUEL ABRIL y García

EL TALENTO DE LA CIERVA



NOVELA CIENTÍFICA PARA NIÑOS Y ANCIANOS

CAPÍTULO V

Tancredismo matemático.

¿Por qué había elegido La Cierva, como primer punto de parada de su viaje, la muy noble y jacarandosa ciudad sevillana, y no se había acordado, por ejemplo, de Castellfullit o de Meco?

Creemos tener la solución y vamos a trasladársela a los lectores, sin cobrarles nada por el traslado... Castellfullit no se hallaba en los mapas en que había hecho sus estudios Mamerto; y en cuanto a Meco (que sí se hallaba), La Cierva había dudado siempre de la existencia de tal población y, ¡claro es! jamás quiso que le llevaran a Meco por miedo a llevarse mico...

Y en cambio, Sevilla...

¡Oh! ¡Sevilla era un magnífico punto de arranque para la científica correría de Mamerto!... Sevilla, según él había leído en un libro, era la *antesala de la gloria*; y, como él quería dirigirse a la luna, calculó trigonométricamente (y ustedes dispensen lo largo de la palabra) que ésta tendría un cuerno tocando casi con la bella capital del Guadalquivir y del pescado frito...

Pero, o la luna era mogona del izquierdo o eso de la antesala del cielo era una papa rusa (que éste es el nombre verdadero y no el de paparrucha, tan divulgado por gentes mal habladas y peor escritas); y decimos que era una papa porque por más que hizo Mamerto para verse cerca del acreditado y pálido satélite, se quedó a la luna de Valencia...

¡Lo que meditó La Cierva por aquella calle de las Sierpes!... ¡Los planes matemáticos que forjó!... ¡Lasecuaciones que resolvió!... ¡Los teoremas que perfeccionó!... ¡Y las veces que del pelo se tiró!...

Pero, nada, la luna seguía lejos, mostrándole su eterna sonrisa guasona.

¿Cómo ir a la luna?...

Un sevillano que le oyó formular esta pregunta, le aconsejó que tomase un taxímetro y le ofreciese al chófer dos duros de propina.

—¡Sólo con eso, va *usted* derecho a la luna..., pero que a la primera luna que le salga al paso!

Pero Mamerto, al comprender que la luna que con tal facilidad le brindaban era la de un escaparate desconocido, tuvo un gesto de amargo desengaño y siguió elaborando a brazo partido su proyecto para escalar el esquivo astro. Y para que vean ustedes lo que puede la fuerza de voluntad de un hombre cabezota, sepan todos los que me leyeren y entendieren que el gran La Cierva halló al fin la manera de ir a la luna cómoda y rápidamente.

Ello fué como sigue:

Un día penetró, inconscientemente, a tomarse dos limpias en una tasca, aunque a fuer de verídico historiador debo decir que la tasca era tosca y las limpias bastante sucias. El antihigiénico establecimiento hallábase lleno de bebedores. No cabían más parroquianos y no cabían más borrachos, pero, por lo demás, aquello resultaba muy bonito. Destacaba entre el pintoresco grupo de consumidores, una especie de ser humano, en cuyo rostro y movimientos se advertía una mezcla absurda de fraile mostén, bailarín moscovita, cupletista envejecida y acróbata neurasténico. Era uno de esos imitadores del fallecido don Tancredo, que estaba en el uso de la palabra y en el abuso del alcohol, y trataba de convencer a los oyentes de que no había más rey del valor que él, Roque Montoya para servirles, aunque sus enemigos asegurasen que no era ni rey ni Roque...

El nuevo don Tancredo hablaba del siguiente modo, y sus frases llegaron precisas, concretas y apocalípticas a los oídos de Mamerto:

—Los toros a mí me tienen pánico... y a los otros Tancredos lástima na más... ¡A mí no me *coge carne* ningún morucho, tanto porque estoy en los huesos como porque los *asfixio* con la mirada!... Y si no, ahí tenéis como ejemplo al *Zapatero Chico*, mi imitador, que el otro día se atrevió con dos Palhas, y aunque pa un *Zapatero* dos Palhas debe ser coser y cantar, salió cogido las dos veces... ¡Y ya sabéis lo que pasó! ¡El primer toro, el que se llamaba *Sicalíptico*, le desnudó hasta de las prendas más precisas pa no hacer el indio ante la multitud!... ¡Y el segundo toro, que era un ladrón y sabía

latín, le prendió por la faja y le mandó a la luna!...

Mamerto, al oír estas rotundas palabras, tembló de gozo... ¡Había toros que mandaban a la luna a los hombres!... ¡El tancredismo podía aplicarse a las matemáticas!... ¡Los cuernos de un miura podían multiplicarse por los de la luna, y el total multiplicarse a su vez por el cuadrado de la distancia de la tierra a su satélite!...

Cierto es que el resultado de todo esto era un coscorrón, partido por la unidad seguida de ceros..., pero generalizando algebráicamente el teorema, el coscorrón se transformaba en la inmortalidad...

Y siendo inmortal, o las matemáticas son una guasa sudamericana o está claro que un coscorrón carece de transcendencia, partiendo del supuesto de que no puede causar la muerte del que ya es inmortal, aunque le achichone la genial cabeza o le pulverice el peroné que, en rigor, no sirve *para ná*...

Resumiendo: que La Cierva pensó, y como lo pensó llevólo a la práctica, ofrecer sus servicios tancrediles a la empresa de la Plaza de Toros.

La empresa aceptó, con la condición de anunciar el experimento con el pomposo título de *Lucha desigual de La Cierva con el toro*, y dispuso el espectáculo para una novillada nocturna...

¡Novillada nocturna..., novillada a la luz de la luna!... ¡La suerte venía en ayuda del audaz Colón modernol!

Mamerto La Cierva lo preparó todo para el momento solemne del viaje atmosférico. Primero se hizo pagar, adelantados, sus modestos honorarios: tres duros que cambió en perros chicos, colocándose los cartuchos en los bolsillos del chaleco. Después vistióse el blanco traje de *me hacéis reir, jocosito don Gonzalo*, usado por los Tancredos. Y a este traje añadió Mamerto por cuenta propia su paraguas que por cierto era rojo y de los llamados familiares.

Expliquemos sucintamente el científico plan de La Cierva:

Subirse en el pedestal, poniendo el medianamente agraciado rostro hacia la argentada luna.

Abrir el paraguas a tiempo de abrirse el toril.

Esperar la acometida del morucho.

Calcular el golpe del testuz con exactitud.

Ascender...

Y llegar a su destino...

¡No era flojo en sus pretensiones Mamerto! ¡Quería un destino! ¡Quería ascender! ¡Quería la luna!... ¡Nada, una escandalosa bicoca!...

Y confiando en lograrla, salió a la plaza y colocóse en el albo pedestal.

Previno el paraguas... ¡Ah! ¡La misión del paraguas! ¡Era transcendentalísima!... El paraguas tenía la obligación de contrarrestar el peso de su cuerpo, el paraguas le impediría caer al duro suelo, una vez en marcha a través del éter.

Previno los tres duros en perros chicos... ¡Ah! ¡La misión de los perros chicos! ¡Era más transcendental que la del pa aguas!... Los perros chicos serían atraídos por las montañas de imán de la luna, que tienen una gran atracción (por no ser menos que el teatro Romca, que tiene a Pastora Imperio). Y ante atracción tan enérgica, el cuerpo de La Cierva, abandonado al impulso recibido del toro, y mantenido en el vacío por el paraguas azorincoso, cobraría nueva velocidad.

¡Valor, glorioso geógrafo, preclaro Mamerto! ¡Tú hallarás el nuevo mundo que buscas anheloso y jadeante!

Sonó un clarín...

Salió un toro...

Y a los pocos momentos, el cuerpo maltrecho de La Cierva ascendió (sin sujetarse a ningún escalafón) por entre nubes grises y estrellas errantes, ante el asombro de los doce mil espectadores que había en la plaza y ante el asombro del toro, que, indignado al ver que *aquello* no bajaba para seguir dándole para el pelo, se puso malo del disgusto y hasta estamos casi seguros de que se murió en seguida.

CAPÍTULO VI

Luna-Ilcna.

Aquellos de mis lectores que no entiendan de Física, y lo mismo los que sean incrédulos y escamones de nacimiento, deben dejar esta novela, pero que inmediatamente, pues de continuar leyéndola osarán poner en duda mis aseveraciones, sin tener en cuenta que la cosa me ha de contrariar muchísimo y que yo tengo derecho a que se me crea bajo mi honrada palabra.

Lo que voy a relatar es sorprendente, es casi milagroso y, sobre todo, es impreciso y vago. Pues bien, yo juro que, a pesar de lo vago que es, a mí me ha hecho trabajar como nunca en mi vida... Exijo, por tanto, que se admita a ciegas, ¡que no sé me discuta, en suma!... ¿Conformes? ¡Pues adelante!



Dib. DEL RÍO. — Barcelona.

EL JUERGUISTA ENFERMO

EL DOCTOR.—¿Ha tomado usted la medicina que le mandé ayer?

EL ENFERMO.—No, señor; me dijo usted que la tomase al acostarme.

EL DOCTOR.—¿Y qué?

EL ENFERMO.—¿Que no me he acostado todavía!...

La Cierva ascendió, como creo haber tenido ya la delicadeza de decir, sin sujetarse al escalafón, y repito esta ingeniosidad porque creo que es una cosa aguda y satírica y porque tengo la costumbre de que se repitan cosas peores en mis obras teatrales. (¡Se han repetido hasta las morcillas de algunos actores, y eso que lo que debía extrañarme menos es el que se repitan las morcillas, pues es cosa tan corriente como pestífera!...)

Decía que La Cierva ascendió; y digo ahora que a los diez minutos de recibir el feroz impulso del cornúpeto

aún continuaba en la atmósfera y, al parecer, con dirección a la luna.

Todo salía conforme a sus cálculos. El rojo paraguas neutralizaba el peso de su cuerpo, y los tres duros en perros hacían un tiro atroz hacia el ansiado satélite. Las montañas de imán atraían, efectivamente, a los perros: esto es un axioma. ¡Como el día que la luna tenga montañas de cordilla atraerán a los gatos! ¡Depende de la clase de cordillera!... Sigamos.

¿Cuánto tiempo estuvo La Cierva subiendo?... Fácil es calcularlo: diez horas, siete minutos, treinta segundos

y cuarenta y dos terceros... ¡Que ya es subir!... Reconozcamos que ni un honrado cartero (¡y cuidado que esos suben!) es capaz de estar subiendo tantos segundos y tantísimos terceros de un golpe...

Transcurrió una hora más.

De pronto, comenzó a llover.

Y, como por encanto, Mamerto empezó a bajar, desandando lo *andado*.

¿Qué pasaba?

No se apuren ustedes, que la cosa es muy sencilla... El agua caía sobre el paraguas, y el paraguas aumentaba en peso y tendía a caer, arrastrando a Mamerto en virtud de la gravedad... ¡La Cierva se percató de que, en efecto, aquello tenía gravedad y de que la casa de socorro estaba más próxima que la luna!...

Y de golpe cerró el paraguas...

Y después cerró los ojos...

Y en el acto el tiempo se puso sereno...

¿Y por qué el tiempo —preguntarán ustedes— de tormentoso se convirtió en sereno?

Pues se convirtió en *sereno* porque lo vió todo *cerrado*: el paraguas y los ojos de La Cierva. Y el tiempo quiso ayudar al intrépido aeronauta.

Pero entonces ocurrió una cosa ex-

traña. Mamerto no cayó de nuevo a la tierra, gracias a haber cerrado el paraguas; pero la fuerza ascendente y la descendente se fundieron en una sola y La Cierva quedó inmóvil en la atmósfera, como Don Paco Quevedo y Villegas, sin bajar ni subir *ni estarse quedo*...

¿Y saben ustedes el tiempo que Mamerto permaneció suspendido en el espacio?

Pues mes y medio.

Pasado este plazo, poco perentorio, una mañana notó La Cierva que volvía a subir de nuevo... Si asombro no reconoció límites, y buscando una explicación al fenómeno se registró los bolsillos, encontrándose en el del pantalón un pedazo de pan frito de peso.

¡Ya estaba explicado el fenómeno!

¡El pan había subido en España!

¡Y, por tanto, aquel pan tenía también tendencia a la subida!... ¡Y, al subir, arrastraba a Mamerto!...

Este tembló de alegría... ¡La luna era suya!... ¡Ya no podría escapársele!... Y como todo llega en este mundo, menos la retirada del *Gallo*, llegó el instante de verse La Cierva a pocos pasos del fulgurante astro.

Mamerto quedó deslumbrado.

Y según se iba acercando, notaba

con inmenso estupor que aquí en la tierra no podemos ni presumir siquiera lo que es la luna vista de cerca... En primer lugar, observó una cosa por muchos sabios ignorada: ¡la luna estaba rota por tres sitios!...

—¡Alguna pedrada!—dijo La Cierva con naturalidad... Y sonrió con desprecio, pensando en que, los que no saben que tal rotura existe, hablan a veces de la *luna nueva*...

En segundo término, notó que la luna estaba habitada y que (¡oh, colmo de felicidad social!) no existía entre sus habitantes la pernicioso costumbre del matrimonio. Era, en consecuencia, rotundamente inexacto lo de *los ciervos* de la luna...

Y por último, y esta fué la observación más importante, la luna no estaba dividida en pueblos y naciones, sino en *cuartos* como las fondas. Resultaba pues, verdad lo de los cuartos de la luna, pero había que observar que tenía más de los cuatro cuartos que la asignamos en la tierra... ¡La luna, solo con cuatro cuartos, hubiera sido un país pobre; y La Cierva notó que allí había *guita* y que toda estaba en plata!... Tampoco era mentira, por consiguiente, lo de la *plateada* luna, que dicen los poetas gorriones y profundos...

Todo esto que acabamos de transcribir lo vió Mamerto a honesta distancia; y cuando se disponía a invadir el satélite como cualquier alemán belicoso, vióse detenido por un portero de librea...

Con finas maneras expuso su deseo de *pasar adelante*, pero el portero le contestó con un gesto asaz compungido:

—¡No puede ser! ¡Aquí no cabe ni una persona más!

—¿Y por qué?—preguntó La Cierva.

Y por toda respuesta, *el lunar* que le había salido (al encuentro) le señaló un letrero, semejante al que en los tranvías dice *completo*, cuyo letrero tenía estas dos sencillas palabras:

LUNA LLENA

Mamerto, aterrado, no supo aducir razones. El portero decía bien. *Luna llena* es lo mismo que si dijéramos *no hay localidades*...

Y La Cierva, por efecto de la noticia, cayó desmayado en el vacío y emprendió involuntariamente la *vuelta* a la tierra a una velocidad de mil kilómetros por hora.

Habrán visto ustedes que esta graciosa novela tiene muchas y buenas *caídas*... ¡Pero tan inesperada como esta, ninguna!...

(Creo inútil decir una vez más que se continuará.)

ERNESTO POLO



Dib.
Z A P O
Madrid.

—¡Trece pincha
zos y no lo mata!
—Si es que es un
mal bicho, y bicho
malo nunca muere...



ESPIRITISMO

—¿Has oído qué golpe tan enorme? Es el espíritu de Nemesio.
—No; es su primo, el picador de toros.

Dib. K-Hiro.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

Casimiro Ortas

DEL TEATRO DE LA COMEDIA

ENERO



EL FORMIDABLE ACTOR
CÓMICO CASIMIRO OR-
TAS, NOS RELATA SU
PRIMERA SALIDA COMO
DIRECTOR DE ESCENA
ACAECIDA EN UN FRI-
GIDISIMO ENERO YA
BASTANTE PRETÉRITO

¡No se me olvidará nunca mi primera aventura de empresario y director de compañía! Con la de mi in-

olvidable padre habíamos terminado, en Sevilla, la temporada el día 7 de enero de un año que no importa. Teníamos unos días de descanso hasta reanudar en el teatro Principal, de Cádiz, nuestras tareas; y Mangánchez, un tenor cómico muy sinvergüenza y con más años que Neptuno, me propuso aprovechar aquel lapso en un pueblo inmediato, donde el alcalde, gran amigo suyo, nos daría el teatro y llevaría la empresa de gastos en las mejores condiciones para nosotros.

De catástrofe fué el debut. Por toda orquesta había un acordeón, una guitarra y el tambor del pregonero.

A pesar de estar el teatro lleno, la liquidación no pasaba de tres pesetas con ochenta y cinco céntimos.

El posadero nos reclamaba el importe del hospedaje, y hacía dos días que se había negado a darnos de comer. René a mis huéspedes y se acordó la fuga. Dí paternalmente la bendición a mis artistas, que fueron poco a poco y con sigilo criminal fun-

diéndose con las sombras de la noche propicia. La primera tiple que se quedó la última, se negó resueltamente a abandonarme, quería seguir mi suerte; me pintó con vivos colores y apasionadas frases el goce supremo del amor en plena naturaleza. ¡Mis diecinueve años le libraron de una costalada infausta!

Sólo faltábamos nosotros, cuando apareció el alcalde como un monstruo apocalíptico, preguntando por la compañía.

—¿Y los cómicos?

—Durmiendo... Durmiendo deben estar...—contesté, lleno de pavor.

—Durmiendo, ¿eh? ¡A mí no me la da naide! ¡Los cómicos se han dio!

—¡Señor alcalde!

—¡Na, que se han dio! ¡Me lo ha dicho el señor Mangancha!... ¡A mí no me la da naide!... ¡Y las tres funciones que faltan, las tién que echar usted y ésta!...

—¿Pero los dos solos, qué vamos a hacer, señor alcalde?

—Pos los dos solos vais a hacer *El chiquillo*.

—¡Ay, sí!—dijo la tiple, enternecida y palmoteando...

A vuelta de mucho discutir tales trazas me di y de tal manera convencí a aquel energúmeno, que para facilitar mi delicada misión me prestó un magnífico jumento, honra de sus caballerizas.

Como a una legua del pueblo encontré a los fugitivos, muertos de hambre, de frío y de cansancio. Alternando en la cabalgadura, pudimos llegar, ya de día, al lugar inmediato, donde vendimos el amable cuadrúpedo, y con el importe de la venta, saciado a medias nuestro apetito, tomamos el tren que nos llevó a Sevilla, y no quieran ustedes pensar en el recibimiento que me hizo mi padre. ¡Se subió el árnica!... ¡Se subió a mi cabeza, quiero decir!

De modo que ya lo saben ustedes. El que se encuentre desesperado de la vida, que venga a proponerme un negocio en el mes de enero. ¡No le libra de un tiro en la frente ni San Felú de Llobregat!

CASIMIRO ORTAS

Juan Bonafé = FEBRERO

— DEL TEATRO REINA VICTORIA —

El maravilloso actor Juan Bonafé nos informa de algo que le sucedió un mes de febrero, con el ingenio que le caracteriza. (Qué le caracteriza de lo que quiere.)

Era—me acuerdo—el 5 de febrero de 1815. Por entonces conocí a una pitonisa, la cual había profetizado tantas cosas y adivinaba tan maravillosamente lo que parecía más difícil, imposible casi, de ser adivinado, que yo me decidí a preguntarle:

—¿Qué me va a ocurrir a mí en este mes?

Me encontraba yo por entonces pendiente de la resolución de unos asuntos de los que dependía mi vida; mi porvenir, por lo menos. Así que me pareció aquella ocasión completamente calva y propicia para aprovecharla y probar las facultades videntes de mi amiga.

La mujer se quedó un rato silenciosa, mirando un vaso de agua. Después comenzó a decir:

—... Enero..., febrero... Sí..., ya... le veo... Ya viene... Ya llega... Ya está aquí... Ya sigue... Sigue... Sigue...

Aquella mujer, según explicó luego, veía la vida de las personas como si el tiempo de su vida fuese una carretera y viniese la persona de lejos, del pasado, llegara el día presente y siguiera su marcha...

De ese modo fué viéndome a mí..., fué siguiéndome los pasos, día a día.

—Nada..., nada...—decía—. Nada de particular; lo de siempre... No le pasa nada; pero, sí..., le espera una cosa... Le espera..., va a llegar... ¡Jesús!...

La mujer dió una sacudida violentísima; se quedó rígida de pronto, y así permaneció breves minutos: luego se pasó la mano por la frente, dió señales de gran fatiga y declaró que no podía seguir, que no veía nada...

Pasados los días supe que su fatiga no era cierta; que fingió aquella alteración y dijo que no veía para

no verse en el trance de decirme la verdad, de confesarme la desgracia que me esperaba.

Yo lo sospeché, sin embargo. Era evidente que aquella mujer había visto algo terrible. Su expresión al decir “¡Jesús!” fué de horror...

Encargué a mis amigos que averiguaran. Volvieron a rogarle que evocara otra vez mi vida. Pasó igual. Pero esta vez, con mis amigos a solas, sin estar yo presente, pudo añadir alguna frases. Cuando mis amigos le preguntaron: “¿Es algo grave?”, contestó ella: “¡Gravísimo!” “En este mes?” “En este mes” “Pero, ¿qué ve? ¿Qué ve?”, le insistieron mis amigos con angustia. Y ella: “Veo rojo..., rojo..., sangre...” Se tapó el rostro con las manos y, después de mirar

el vaso roto, se quedó preocupada y diciendo: “Sí..., pero no... Sí..., pero no...” Desde entonces no dijo otra cosa: “Sí..., pero no... Sí..., pero no.”

Pasó el mes de febrero, y a mí... no me pasó nada. Entonces mis amigos me contaron todo; fuimos a ver a la mujer.

¿Dónde está la desgracia que había de ocurrirme?

La pitonisa nos contestó, sin inmutarse:

—Sí..., pero no. Este caballero tenía que morir atropellado por un tranvía el día 30 de este mes. Era seguro. Si este mes hubiera tenido día 30, este señor hubiera muerto... Afortunadamente, era febrero, y este señor ha podido así salvarse en una tabla...

JUAN BONAFE





Dib. RAMIREZ.—Madrid.

—Pues ese chico, ahí donde le ves, es campeón de pesos-pluma.
 —¡Yo creí que de pesos plomo, por lo pelmazo que es!

Ayuntamiento de Madrid

¡Ande, ande, ande,
la marimorena'...
¡Guardias de la porra,
fútbol, y galena!..

VILLANCICOS



I

En el Portal de Belén
a un niño la gente adora;
y en otro portal también,
se rinde culto a Zimora.

En la portería
en que se le ve,
unas letras dicen:
«Belén, F. C.»



II

¡De lejos vienen las gentes
a adorar al niño Dios'...
(¡Si vienen en el tranvía,
será en un «52»!)

¡Pobres, los que usan
el tranvía urbano;
que pasan por todo...
(menos por «Serrano»)!)



III

¡Ante el Portal de Belén
un pastor tiembla de frío,
con la carne congelada
(a «cuatro cuarenta el kilo»!)

¡Dígale que entre,
se calentará;
que aquí ni el buey tiene
carne congelal



IV

¡Los Magos, como rega'o,
le ofrecen al Redentor
«aparatos de galena»,
y el Niño dice que «no»!

Y el hermoso Niño
tiene razón mucha;
que hasta Dios se cansa
de ser radioescucha.



V

¡Un joven va hacia el Portal
en un «taxi» de alquiler;
es joven, y menos mal
que no ha matado al chófer!

¡Anden, anden, anden,
el «Ford» y el «Pannard»!...
¡Si guías un auto,
mira para atrás!



VI

¡Esta noche es Nochebuena,
y no es noche de sopor!...
¡Dame la bota, morena,
y cómprame el BUEN HUMOR!

Una pastorcilla
tras la estrella va;
¿pastora y estrella?...
¡La Imperio será!

Dibujos de ALMITA TAPIA.

Luis de TAPIA.

Enrique Chicote

DEL TEATRO CÓMICO

MARZO



ENRIQUE CHICOTE, EL APUESTO COMEDIANTE,
A LA PAR QUE EL UNICO ACTOR QUE, SIENDO MUY
COMICO, ES UN DISPARATE DE SERIO, NOS RE-
FIERE UN ACAECIMIENTO DE SU VIDA, DE CIERTO
VENTOSO MARZO INOLVIDABLE

UN BUEN GOLPE

Ignoro lo que opinaba César Borgia respecto a las anécdotas. Tampoco sé lo que pensaba con relación a ese mismo tema Leonor de Aquitania.

Pero, en cambio, sé lo que opino yo. ¿No es esto sorprendente? Sí. Es sorprendente. Porque se hace necesario confesar que la mayor parte de los humanos no saben nunca lo que opinan. Y hay revolucionarios que sostienen que no opinan nada.

A mi modo de ver, las anécdotas no existen. No existen, pero deben existir. Porque llegan ocasiones en la vida—esta es una de ellas—en que un simpático periódico pide una anécdota y es imprescindible dársela. Y he aquí que llega el momento de inventar la anécdota.

Pues allá va.

En un teatro de Madrid y en los primeros días de un mes de marzo se representaba una comedia en la que en un momento dado por la derecha del actor salía un cartero y le entregaba una carta al protagonista. Esto sucedía en la mitad del primer acto y, por las especiales condiciones del escenario, no se podía pasar de un lado a otro del mismo durante la representación; resultado: que el cartero tenía que hallarse a la derecha del actor antes de levantarse el telón, porque su cuarto caía justamente en la izquierda.

Un día llegó tarde al teatro. Había comenzado el acto y para pasar de la izquierda a la derecha tuvo que hacerlo por los telares. Pero ¡oh!, desgracia, el actor perdió pie y cayó a escena, sin lastimarse afortunadamente.

¿Qué hacer para salvarse del ridículo? Y el cómico tuvo una feliz inspiración. Se dirigió sonriendo al protagonista y exclamó:

—¿Sabe usted? Es que soy un correo aéreo y me he caído del aeroplano.

ENRIQUE CHICOTE

ERNESTO VILCHES

DEL TEATRO INFANTA BEATRIZ

ABRIL

EL POPULARÍSIMO Y PROTEICO ACTOR ERNESTO VILCHES NO NOS DICE ABSOLUTAMENTE NADA DEL MES DE ABRIL, COMO VERÁ EL CURIOSO LECTOR, SI SIGUE LEYENDO

ANÉCDOTA SORPRENDENTE

Habíamos pedido al conocidísimo actor Ernesto Vilches que contara a los lectores de nuestro satinado semanario una anécdota suya relativa al lluvioso y gabardíneo mes de abril, pero da la casualidad funesta de que, a la hora de entrar en máquina este número, no ha sido recibida en esta redacción la anécdota susonombrada. Esto nos convence de que el excelente actor no tiene tiempo para nada. Igual le ocurre a Mussolini.

Pero claro, como nosotros nos sacrificamos por nuestros lectores hasta un extremo que ya da verdadera pena, pues resulta que hemos decidido inventar la anécdota.

Y, puestos a inventar, vamos a inventar una cosa tan sorprendente, tan rara, tan maravillosa, tan increíble, tan estupefaciente, tan fabulosa, tan mítica, que si las generaciones venideras no se asombran de nuestra imaginación, habrá que confesar que esas generaciones estarán compuestas por grullas y paranóicos, mitad y mitad.

Antes de poner los puntos de la pluma sobre las cuartillas, siempre virginales, para narrar con nuestra peculiar maestría la asombrosa anécdota, el lector nos permitirá que recapacitemos un poco. Gracias. Muchas gracias, lector.



Y he aquí que ya hemos recapacitado, tras de lo cual nos vamos a recoger en nosotros mismos. Ya está. Ya nos hemos recogido. Nos hemos recogido un poco tarde, pero es que somos invariablemente trasnochadores, y, adelante, que decía un individuo a la puerta de una barraca de feria.

Hemos advertido que vamos a contar una anécdota que no le ha sucedido nunca a Ernesto Vilches, el admirabilísimo actor, pero que no por eso deja de ser extraordinaria. Y ahora estamos todos seguros de que los lectores no la van a creer. En cambio si el propio Vilches la hubiese contado, todos lo habrían creído a pie juntillas, y es que la Humanidad es de suyo un poco caprichosa e inconsútil.

Pues sucedió, y va de anécdota, que después de pasar los meses de enero, febrero y marzo de un año cuyo guarismo no hace al caso, llegó el mes de

abril como suele llegar siempre: con un viento y una lluvia que sólo en Madrid se murieron de hambre trescientos veintiséis vendedores de gomas para los paraguas. Los estudiantes empezaron a pensar en abrir los libros, las floristas se decidieron a salir para vender violetas... En fin, ocurrió lo que ocurre siempre en abril.

Pero...

Aquí viene el pero y la anécdota sorprendente. Actuaba por aquellos días en un teatro de la corte Ernesto Vilches, y una noche salió a escena a representar una comedia que, por cierto, era preciosa, como todas las que, representa ese admirable actor Vilches que se sabía su papel de memoria...

Bueno, aquí concluye la anécdota anunciada.

Por Ernesto Vilches,
LA REDACCIÓN

UN ARTÍCULO PÓSTUMO

Advertencia previa a los lectores.

La Redacción de BUEN HUMOR, siempre alegre y frívola, atraviesa en estos momentos por un dolor tan profundo que casi no se le ve el fondo.

Ante el horror que tenemos que comunicar a nuestros lectores se nos encogen los ánimos y las corbatas, porque hay hechos tan luctuosos y tan espantables que sólo narrados por Alejandro Dumas (père) y editados por la casa Maucici pueden concebirse.

El que fué hasta hoy compañero en el arte—en el arte de escribir incongruencias—, el que fué nuestro mejor amigo, Enrique Jardiel Poncela, ha fallecido ayer misteriosamente. Fué hallado muerto en su despacho y se ignora si lo que le ha llevado a la frigorífica tumba fué un colapso o la emoción que produjeron en él los Festejos de Otoño. Lo cierto es que la ha diñado.

No damos el pésame a su familia, porque suponemos que su familia estará encantada de habérselo quitado de encima, ya que nuestro compañero era bastante pelmazo en la intimidad; pero vertemos saladas lágrimas, porque mañana tendremos que gastarnos cinco pesetas en acompañar el fiambre, y gastarse cinco pesetas es duro.

Jardiel Poncela muere—después de escribir el extraño artículo que publicamos a continuación—cuando de su juventud y de sus excepcionales condiciones esperábamos aún muchísimas barbaridades.

Descanse lo mejor que pueda el heroico compañero y tenga la seguridad de que todos le recordaremos a la hora del vermouth, porque nunca se dió el caso de que nos lo pagase a ninguno.

Las personas que se interesen por su suerte, suponiendo que sea una suerte morirle, pueden pasar-se por esta Casa cualquier día festivo—aunque, dada nuestra alegría, para nosotros son festivos todos los días—y se les entregará un retrato al magnesio de nuestro ya inmóvil camarada, junto con las señas exactas del lugar donde ha ido a dar con sus huesos el que hasta ayer era un hombre medianamente consciente.

LA REDACCIÓN

HORÓSCOPO
PARA 1926

DEBIDO A LA VIDENCIA DEL MAGO INDIO SUMATRA BOMBAY, Y DICTADO A UN REDACTOR DE BUEN HUMOR HORAS ANTES DE MORIRSE POR COMPLETO

—El último día del año es el treinta y uno de diciembre—.

CARDENAL RICHELIEU—

—¿Sabemos si viviremos mañana todavía?

NUMA POMPILIO.

—¡Ah, sí! ¡Le veo! ¡Le veo! ¡Es una visión! ¡Es una visión!—

HAMLET (Hablando de su padre)

—El porvenir está por llegar. Por eso se le llama porvenir—

GRILLPARZER.

He aquí el 31 de diciembre de 1925, que se aproxima a pasos agigantados. He aquí un año que muere. He aquí un año que va a nacer. He aquí una serie de líneas escritas sin comenzar el artículo presente. He aquí lo que se llama dar la lata al lector.

Pero ¿acaso tengo yo intención de dar la lata? No. Por el contrario, mi espíritu está predispuesto a la bondad, porque se inclina a la melancolía. Estoy melancólico, ¡ay, sí! Estoy muy melancólico...

Me hallo sólo en mi cuarto de trabajo; todo lo que me rodea me habla de la labor de un año que ya se va esfumando. Y, a pesar de que todo me habla, el silencio es absoluto, como Fernando VII.

Llueve y la lluvia azota los cristales como si hubieran hecho alguna travesura. En la chimenea arden unos leños y seis novelas de Carolina Invernizio. El ruido de un auto que pasa turba el silencio unos segundos. Después, una turba de chiquillos, que golpean unas panderetas con furia merovingia, vuelve a turbarlo y cuando ya no lo turba la turba, regresa el silencio como si se hubiese ido a hacer un recado.

Todo es dulzura y paz. De vez en cuando se perciben los gritos que profieren, en alas de una bronca matrimonial, los vecinos de al lado, y se escucha la dulce voz de una cocinera que canta una jota mayúscula, y se oyen los ladridos de los diez y siete perros pertenecientes a la rentista del principal derecha, y los aullidos que emiten

ante un Nacimiento los ocho nenes de arquitecto del segundo izquierda. También se oye una murga que celebra la apertura de la taberna del 8 duplicado y los cohetes que dispara el pirotécnico del 15 para solemnizar la apertura tabernaria, junto con los acordes de un organillo instalado en el solar de enfrente. Pero, por lo demás, ningún ruido quebranta la calma de la noche invernal.

Y esta calma invita a la meditación. Por eso he meditado yo.

¿Qué nos reservará el año entrante? ¿Paz? ¿Dolores? ¿Angustias? ¿Felicidad, o Joaquina? ¿Se llegará por fin al ansiado polo Norte? ¿Se logrará alcanzar la cima del monte Everest? ¿Se hará luz en el intrincado problema del «más allá»? ¿Se caerá de nuevo del caballo el príncipe de Gales? Todo es misterio y sombras a nuestro alrededor... ¡Oh, impotencia de los humanos! ¡Oh, suprema ignorancia del hombre! ¡Oh, Mary!

Y, después de hacer estas consideraciones, he sepultado el rostro entre las manos y he llorado un llanto canalizable.

De pronto, alguien ha entrado en mi estancia haciendo lo contrario que los sombreros Brave, es decir: sin anunciarse. Este alguien es un hombre de unos cuarenta años, alto, delgado, con cara de taxi, envuelto en una túnica bermeja y tocado con un turbante color tango mal bailado.

El misterioso personaje avanza en silencio y me alarga una tarjeta que—a pesar de habérmela alargado, es muy cortita—, y yo, aunque prósbita de nacimiento, leo con rapidez y con la natural sorpresa:

SUMATRA BOMBAY
Profesor de Ciencias Ocultas.
Mago por oposición de la Universidad de Calcuta.
Lo adivina todo.
Averigua en el primer acto el desenlace de todos los dramas policíacos.
No existen secretos para él, ni aunque se los confíe un amigo.
Horas de consulta: de doce a doce y cinco de la noche.
CALCUTA (INDIA INGLESA)

Mi rostro debe expresar un asombro del tamaño del Capitolio de Washington. Pero Sumatra Bombay no parece advertirlo; me mira fijamente, y dice con rudeza extraña:

—¡No me lo oculte! ¡Usted es usted!
Realmente yo soy incapaz de negar semejante afirmación y le respondo:
—Sí, señor. Efectivamente; yo, soy yo.

Los ojos de Sumatra brillan de gozo.
—¿Ve?—dice—. ¿Ve como soy capaz de adivinarlo todo? ¡Ah mi ciencia es infalible como el meridiano de Greenwich!

En seguida, agrega con el entrecejo más fruncido que un gabán de trabilla:

—¿No comprende a lo que vengo?

—No.

—¿Acaso no ha leído usted mi tarjeta?

—He leído su tarjeta y *Los Miserables*, de Víctor Hugo, pero no acierto a suponer...

—¡Basta! ¿Dónde acostumbra usted a leer?

—En la Biblioteca Nacional.

—Pues sepa que yo leo en el porvenir.

—¿El porvenir es algún periódico de Calcuta?

Sumatra se ofende y me lanza una mirada de odio y un pisapapeles de bronce.

—¡Necio!—ruge—. ¡Digo que leo en

el futuro, en lo que no ha ocurrido todavía! ¿No comprendes que soy mago y mago amigo tuyo?

—¿Que te haces, amigo mío? Eso habrá que discutirlo.

—Eso está más discutido que los acuerdos de Locarno:

Y, acto seguido, Sumatra Bombay me cogió los hombros con sus manos, porque lo contrario habría sido imposible, me hizo sentar a la fuerza en una butaca forrada de cretona que heredé de Raimundo Lulio, y, traspasándome con una mirada que era aguda como un epigrama de Meleagro, me dijo estas palabras espantosas:

—Tus días están más contados que las hazañas de Búfalo Bill... Yo puedo asegurarte que fallecerás esta noche.

Aquellas frases convirtieron mi organismo en una garrafa de limón helado. Fui a hablar y mi garganta sólo emitió un sonido semejante al que produce, al subir, el telón del teatro de Novedades... Seguramente me habría desmayado de terror, pero lo impidió Sumatra, murmurando:

—No te desmayes aún, que me he venido sin sales inglesas.

Hice un esfuerzo sobre mis nervios, y un cigarrillo. Luego, cuando encendí este último, tranquilo ya, como un lago suizo, me dirigí a Sumatra, sonriente, heroico, cual un *chauffeur* que se comprometiese a llevar a un viajero a Galapagar.

—Y bien—comencé diciendo, seguro de que de esta forma comienzan sus párrafos todos los protagonistas de las novelas interesantes—, y bien, mi excelente mago, ¿es esa la única misión que le ha empujado a hollar el encerado suelo de mi despacho? ¿Su amable e indostánica visita, no tiene otro fin que comunicarme mi próxima muerte?

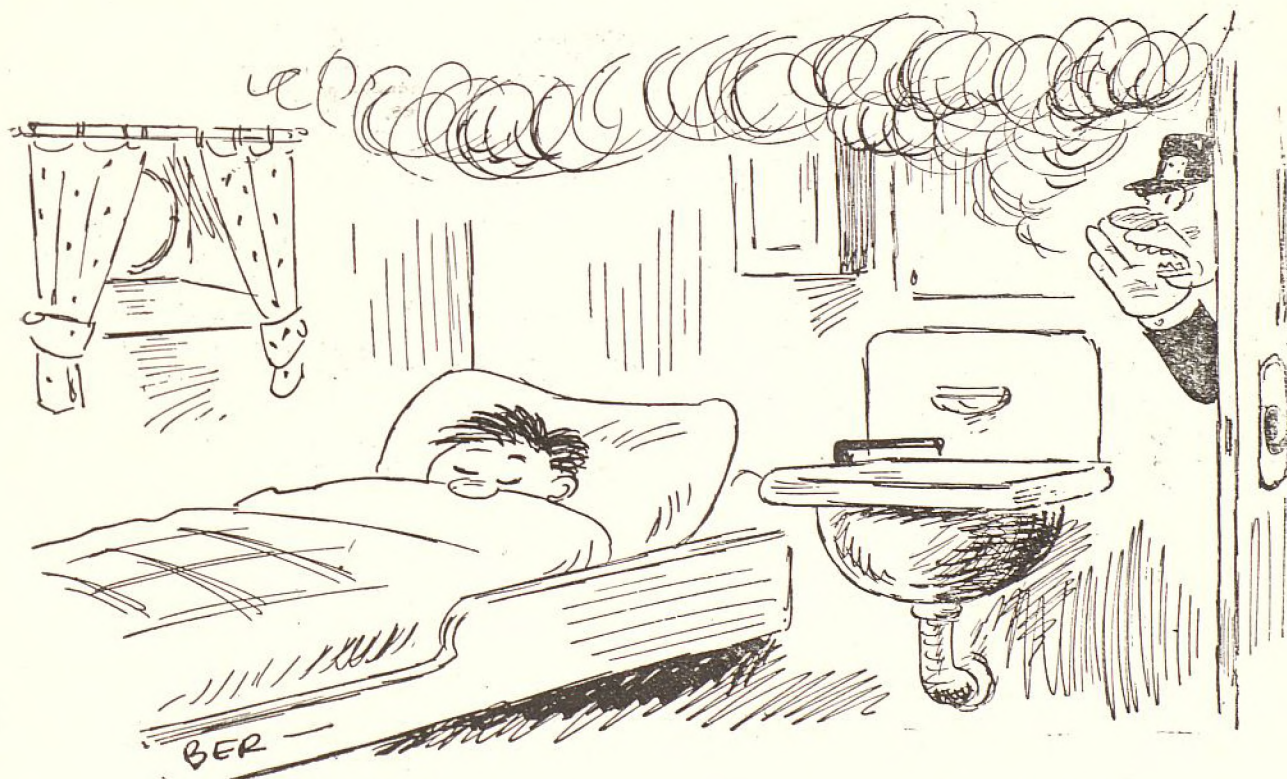
Sumatra tardó en contestar; al cabo, recogiendo en sí mismo, exclamó:

—Aún hay más, elegante joven. Quiero, antes de que mueras, hacerte un favor, porque me lanzo a suponer que después de muerto no podría ya hacértelo.

—Hable—dije yo con flema entre londinense y dublinesa.

—Quiero—susurró Bombay, tomando la palabra con verdadero apetito—que escribas un artículo póstumo que

¡FUEGO A BORDO!!



—¡Subid a cubierta! ¡A escape! ¡El vapor está ardiendo!...
—Phs, ¡déjame en paz; ni que el vapor fuera mío!...

Dib. BERGSTRON. — París.

sea el asombro de tus contemporáneos. Merced a mi ciencia, tan prodigiosa, que casi resulta molesta, yo puedo dictarte doce horóscopos relativos a los doce meses del año 1926. Los transmitiré a tus lectores, y tu nombre se hará inmortal como el de Luis Candelas.

—¡Caramba! Podía usted haber elegido otro ejemplo menos presidiable...

—¡Basta! Toma cuartillas y pluma. ¡Escribe!

Obedecí atemorizado y, con algunas faltas de ortografía, porque mi nerviosismo era francamente anticultural, escribí los siguientes horóscopos que me fué dictando Sumatra Bombay:

Año de 1926

ENERO.—Los niños que nazcan en este mes sentirán una vocación decidida a escribir sainetes para Apolo. Se criarán con Glaxo; a los siete años aprenderán a tocar de oído la ocarina. De adultos, serán altos, rubios y algo embusteros. Cuando cumplan los veinticinco años, serán, también, mayores de edad.

Las niñas que nazcan en enero se casarán con un primo. Porque, tal como se están poniendo las cosas, como no sea con un primo, no podrán casarse.

Durante este mes viajarán por la línea Cuatro Caminos-Vallecas del Metro 185.756 personas y un literato.

FEBRERO.—Los individuos que nazcan en febrero tendrán grandes aptitudes para falsificar monedas de cuproníquel. También falsificarán plumas estilográficas con rara habilidad. En su infancia, sabrán manejar la máquina de escribir, pero se les irá olvidando el manejo conforme vayan creciendo. Las niñas que nazcan en este mes usarán grandes lazos en el pelo y no desaparecerán nunca del hogar, salvo las que se vayan con algún conocido.

Durante este mes viajarán 125 viajeros menos por la línea Cuatro Caminos-Vallecas.

MARZO.—Los infantes que vean la luz eléctrica en el mes de marzo no servirán absolutamente para nada. Las nenas que hagan lo mismo que los infantes, tendrán las mismas disposiciones que éstos. Lo que se advierte a los futuros padres para que remedien la cosa lo mejor posible.

El número de viajeros que recorrerán la línea Cuatro Caminos-Vallecas será de 165.827.

ABRIL.—En abril nacerán algunos niños y algunos niños. Los primeros se sentirán con aptitudes para pegar sellos; las segundas serán todas estrellas del cuplé. A algunas las harán grandes honores cuando se retiren de la escena, y a otras, cuando se retiren de la escena, las tirarán objetos para que no vuelvan a salir ni impulsadas por un tramoyista ni impulsadas por el afán de venganza.

Número de viajeros que discurrirán por la línea ya nombrada: 5.

Número de viajeros que irán por línea sin tomarse la molestia de discurrir: 192.831.

MAYO.—A las niñas que nazcan en este mes las llamarán: ¡bonital, ¡preciosa!, ¡guapísima! nada más nacer, porque mayo es el mes de las flores.

A los niños no les llamarán nada. Y, si les llaman algo, les llamarán la atención, porque todos serán partidarios de la rabieta de largo metraje. Tanto las niñas como los niños que nazcan en mayo servirán mucho para dar recados. Los niños, además, servirán al Rey. El porvenir de las niñas se deduce de lo expuesto: serán muchachas de servir.

Como en mayo ya no se usa abrigo y, por lo tanto los ciudadanos ocupan menos sitio en los coches del Metro cabrán más viajeros y su número se elevará a 226.796. De éstos, 136.200 serán guardias de Seguridad.

JUNIO.—Las criaturitas que nazcan en junio sentirán gran predilección por los puertos de mar. También amarán los puestos de horchata. Pero como el helado hace daño a los estómagos infantiles, los padres cuidarán de que los niños no se acerquen a los puestos de horchata hasta que sean puestos de largo. Y es lo que ustedes dirán: ¿pero cómo van a ser puestos de largo, si son puestos de horchata? ¡Toma, pues ahí está el lío!

Número de los viajeros que recorrerán la línea consabida: 202.326.

Número de los guardias que harán lo mismo: para averiguar el número de los guardias, véanles el casco.

JULIO.—Los niños y las niñas que nazcan en julio ¡van aviados, con el calor que hace en ese mes!

Viajeros que habrán pisado el Metro: 197.315.

Asfixiados: 326.

Aplastados: 728.

Disueltos por la temperatura: los restantes.

AGOSTO.—¡Pues anda que los que nazcan en agosto, se han lucido!

Número de ciudadanos que viajarán en el Metro: 73.200.

Ilesos: 7.

SEPTIEMBRE.—En septiembre ocurrirá un fenómeno curioso, a saber: que los niños y niñas que hayan nacido en enero cumplirán exactamente ocho meses, por lo cual enviaremos a sus progenitores una enhorabuena cordial.

Respecto a los nenes septembrinos hay que decir que, como nacerán bajo el signo de *Libra* serán todos muy pesados. Y, algunos, más que pesados, serán francamente inaguantables.

En fin, ¡allá sus papás! ¡Qué le hemos de hacer!

No viajará nadie en el Metro. Vamos, viajarán 189.240 seres humanos, pero ¿qué es eso para una urbe como Madrid? ¡Nada, hombre, nada!

OCTUBRE.—Los nenes que tengan la humorada de nacer en octubre serán todos muy aficionados a la salsa mayonesa. Sus inclinaciones las llevarán a aprender el esperanto y a apearse en marcha de los tranvías de la Fuentecilla. Las niñas que nazcan en octubre se ondularán el pelo cada quince días y el cincuenta por ciento de ellas usarán Camomila. Ninguna usará chaquet.

142.550 ciudadanos viajarán por la línea aludida anteriormente. Entre ellos habrá 46 radioescuchas.

NOVIEMBRE.—La infancia de los chiquillos que nazcan en este mes será muy desgraciada y falta de salud. Sólo a fuerza de inyecciones de suero podrán salir adelante. Con lo cual quiere decirse que recibirán más pinchazos que un neumático recauchutado. El destino de ellos es fácil de predecir, porque será un destino en la Dirección del Tesoro. Se les recomienda que se dediquen también a hacer excavaciones en la seguridad de que acabarán por encontrar un cofre lleno de onzas. Porque ¿cómo no lo van a encontrar estando en la Dirección del Tesoro?

Personas que viajarán en el Metro: 137.200. Personas que pagarán el doble por haber perdido su billete: 101.333.

DICIEMBRE.—Los nenes y nenas que hagan la tontería de nacer en diciembre usarán abrigo de pieles toda su vida, porque el frío que pasarán al nacer les hará tiritar toda su existencia. Tanto los varones como las hembras sentirán una afición loca a cantar villancicos. Los niños, al pasar a mayores, se harán cobradores de autobús. Y las niñas, cuando pasen a mayores, no queremos decir a ustedes lo que harán, porque sólo el pensarlo nos ruboriza.

Viajeros que recorrerán la línea Cuatro Caminos-Vallecas: 127.186. Todos ellos llevarán estufas eléctricas de bolsillo.

Cuando acabé de escribir los oráculos dictados por Sumatra, me quedé asombrado y con la mano fatigadísima.

—¿Pero todo esto es cierto?—me atreví a preguntar.

Bombay se ofendió como si hubieran insultado a un ído suyo.

—¡Yo nunca me equivoco!—rugió—. Dije que te morirías, y te morirás.

Luego, sonríen o, me ofreció un bombón de chocolate y me habló de la batalla de los Arapiles. Me tomé el bombón y sentí una punzada en el estómago. Entonces comprendí que Sumatra Bombay me había envenenado.

El mago murmuró alegremente:

—¿Ves cómo te vas a morir? Yo no me equivoco jamás.

E hizo un mutis que lo hace Leocadia Alba, y aún está saliendo a escena.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



UNA VISIÓN DEL AÑO PRÓXIMO

(Página pesimista, por SANCHÁ)

Ayuntamiento de Madrid

TAJADA SOLEMNE

(CUENTO ANECDÓTICO)

«Cohete» y «Caracol», dos buenos aficionados al «alpiste», y no al de los canarios, sino al que en limpios cristales despachan en las tabernas, se encontraron cierto día a la puerta de una clásica tabernilla del barrio de Santa Cruz de la «Ciudad de la Gracia», donde el dorado vinillo de La Palma, pujante savia de los campos del Condado, se ofrecía en toda su purísima concepción a las ardientes fauces de los buenos bebedores.

—Compadre Caracó: ¿usté por estos callejonsillos?

—Pos mir'usté, compadre Cohete, «por aquí me ando sin saber cómo ni cuando», porque yo estaba tomando er só en la plaza Nueva y ahora caigo en que eché a andá «ar libitum» y aquí m'ha traío mi güena o mi mala fortuna.

—¡Güena, compadre, güena!, porque pa que no se diga que ha jecho usté er viaje en barde, como aquí hay güen vino, usté me va a aceptar a mí media cañita.

—Y a mí usté otra media, si en ello tiene usté voluntad.

—Pa luego es tarde, porque como dice la copla:

«¿Dónde hay gusto como entrá
dos amiguitos leales
en casa de un «montañé»?

—Enjuague usté esos cristales.»

—Está usté en la fija; pero er gusto no está en entrá sino en bebé.

—¡Niño: dos medias cañas!

—¿Ha visto usté qué vino, compadre?

—Calle usté, hombre, que m'acuerdo de otra copla que dise:

«Bendita sea Noé
er que las viñas plantó,
porque de un triste sarmiento
sale tan durse licó.»

—Pues adrento con él.

—Vaya que sea, que

«Al agua le llaman «lipi»
y al vino «confortitati».
Yo no quiero beber «lipi»
porque cría «gusarapis».

—Compadre, qué coplero es usté.

—Yo, no; la gente. ¡Cuarquiera sabe quién inventa las coplas! Argunas sé

yo al rispictive der vino y ya se las iré disiendo, a medía que vaigamos bebiendo.

—Por sierto que se nos han quedao los vasos vasos, y mir'usté de la que m'acuerdo ahora:

«Un gato subió a una parra

y la parra abajo vino

y vino sobre nosotros

y sobre nosotros, ¡vino!»

—M'ha traío usté, como de un hilito, otra:

«Cuando esucristo vino

se vino por un lagá;

vino repartiendo vino.

Pero er vino, ¿dónde está?»

—Que tiene usté rasón. ¡A vé, nene, venga más vino!

—Compadre, que nos hemos bebío ya siete medias cañas.

—¿Va usté a haserle ascos, hombre?

«Disen que der sielo vino

la semilla de la cepa,

¡y siendo er vino divino

bebamos mientras nos quepa!»

—Que sí, señó:

«Echa vino «montañé»

que el agua me jase mar;

más quiero morir borracho

que vé las ranas cantá.»

—¿Quién habla de morí, compadre?

«La Muerte no bebe vino

ni registra faltriquera;

al que se muere borracho

la Muerte nó se lo lleva.»

—De acuerdo, compadre de mi arma.

«Ven aquí, vino vinito,

hijo de la cepa tuerta:

tú que te quieres meté

y yo que te abro la puerta.»

—¡Como que así se orvían las penas der mundo! ¡Vaya er mundo ar jinojo!

«Ya no me quiere mi novia

porque bebo mucho vino.

¡Vaya mi novia con Dió!

—Eche usté medio cuartillo.»

—Y si esto es pecaó, que sea. Tos los pecaos se perdonan, y si no...

«Tomaré una calabasa

y un Santo Cristo de pino

y me iré a hasé penitencia

a una bodega de vino.»

—¿Sabe usté una cosa, compadre?

Pos que...

«De borrachillo que estoy

ya no me puedo tené.

Echeme usté otra cañita

que quisá m'aliviaré.»

—¡La última!

—La penúltima, hombre. ¡La última con er Santólio! Y vamos pa casa, compadre, que en entrando que entre, lo de tós los días:

«María, ensiende la lú

que traigo una «sacramenta»

que a Dios le digo de tú.»

—Pos pa la calle repajilando.

—¡Ayl, que yo estoy mu malito.

—¿Qué es eso, compadre?

—No lo sé, pero a mí no m'ha pasao nunca esto.

—Oiga usté: que a mí tamién m'ocurre una cosa mu rarísima, y si es lo mismo que a usté, no es que está usté malo. Lo que pasa es que está Sevilla dando güertas.

—¡Compadre, que es verdá, que está dando güertas! Mire uste como se «dalea» esa casa. ¡cuche usté cómo se güerve la Girarda boca abajo!

—Hombre: ¿quién será er guasón que está hasiendo esta grasia?

—Vamos a sentarnos en er suelo, que tiene esto muc'ho mal age, y estoy viendo que en una vortereta de estas, nos vamos a caé.

—Mejón será que siga usté detrás mía, agarrándose a las paderes como yo.

...

Y así iban los dos compadres, con sus *solemnes tajadas*, creyendo que alguien «movía» a Sevilla, cuando al doblar un esquinazo, gritó Cohete:

—¡Niño, niñoooo!... ¡Mardito sea tu pare, niño: ¿te quieres está quieto?

—¿Pero a quién le dise usté eso?

Y el compadre Cohete respondió señalando al ayudante de un manguero que daba vueltas a la llave de paso del registro del agua:

—¿No lo está usté viendo, hombre?

¡A ese guasón sin lacha, que es er que le está dando güertas a tó esto!

PEDRO PEREZ FERNANDEZ

CUENTO DE NAVIDAD

UN PAVO COMO HAY MUCHOS

Para dar más calor a sus palabras, mi amigo Isabelo Pereantón subióse a horcajadas en uno de los radiadores de la sala en que nos encontrábamos, y comenzó desde allí a relatarme esta maravillosa historia que le erizaría los pelos a un maniguito.

—Aquel año —principió Isabelo—, mi primo Edelmiro, empleado en una compañía de seguros contra el abuso de los merengues de fresa, recibió a mediados de diciembre una gratificación inesperada, por lo cual se decidió a comprar un pavo para solemnizar las Navidades. Envío a la cocinera a la Plaza Mayor y poco tiempo después volvía aquélla con un animal hermosísimo que dejaron en la cocina junto con una buena provisión de maíz, hasta que transcurrieran las escasas horas que le restaban de vida.

Desde aquel instante comenzó la desgracia de la familia. La criada, que estaba en la cocina leyéndole a su novio un tomo de las aventuras de Nick Carter, pudo ver con el consiguiente asombro, al dar vuelta a una página, cómo el pavo abría la boca para decir en un castellano más correcto que un profesor de urbanidad:

—Este maíz es una porquería.

A la cocinera le dió un síncope, y cuando, al volver en sí, fué a contárselo a sus señores, éstos no pudieron menos de sonreírse; pero no habían acabado de hacerlo cuando volvió a sonar la voz del pavo que tarareaba a voz en grito el «Adiós a la vida», de «Tosca».

Mi primo, ha sido herido dos veces en la campaña de Marruecos y toma con cierta frecuencia el vermuth en algún que otro tupi. Con estos dos actos de valentía quiero convenirle a usted de que no es un cobarde, pero a pesar de eso me ha confesado posteriormente que en aquellos momentos el pánico le embargaba como un agente ejecutivo.

Sin embargo, hizo de tripas corazón y se dirigió hacia la cocina, en donde el pavo seguía canturreando en tono jovial, mientras mi prima y mis sobrinos intentaron detenerle tirándole del faldón de la americana.

Pudo desasirse Edelmiro, y cogien-

do una máquina de afeitar, que era lo que tenía más a mano, se precipitó sobre el pavo dispuesto a separarle la cabeza del tronco. Pero el animal le gritó, indignadísimo:

durante su vida, era ahora encarnada después de muerto.

Se abalanzó llorando sobre el pavo, estrechándole de tal modo contra su pecho, que acabó por enternecerle.

Largo rato permanecieron abrazados llorando silenciosos, caídos en el suelo de la cocina.

A partir de aquel día, el animalito se quedó a vivir en la casa. Se le dispuso un dormitorio y un gabinete con balcón a la calle. Poco a poco fué cobrando confianza hasta llegar a convertirse en el verdadero cabeza de familia. Le tomaba la cuenta a la cocinera, y a mi primo después de prohibirle que saliera de noche, le obligó con amenazas a alistarse en el somatén. El pavo no se detenía en sus impertinencias ni aun delante de las visitas, sino al contrario. Era frecuente oírle, en mitad de una reunión, groserías por este estilo:

—Esa pianola es una birria. Por la noche no tomamos más que dos platos. Al novio de la cocinera le han suspendido en las oposiciones al cuerpo de Carabineros...

La familia estaba acobardada. Las incorrecciones que el ave iba cometiendo, se las achacaban a la edad, perdonándoselas al considerar que se trataba de un hermano del padre...

En este punto del relato hubo una pausa involuntaria. Mi amigo Isabelo, que durante todo él había estado cabalgando sobre el radiador, a la manera de un tío-vivo, perdió la postura midiendo el suelo con sus espaldas. Cuando fué a proseguir la narración, le interrumpí enérgicamente:

—¡Basta! ¿Supone usted que me creo ese cuento? ¡Para broma, es demasiado!

Isabelo, Pereantón se echó a llorar amargado por mis palabras:

—Le juro que es cierto.

—Pero... ¿cómo es posible?—le dije ya en el colmo de la ira.

Y entonces, mi amigo me dió la clave del misterio.

—Muy fácilmente. Aquel pavo embustero y farsante, al que Dios confundió, era... ventrílocuo...

MANUEL LAZARO



Dib. GALINDO. - Madrid.

EL ESPEJO CONFIDENTE

—¡Anda, y yo que he creído siempre que esta cica-triz la tenía en el lado izquierdo!...

—¿Qué vas a hacer, miserable? ¡Soy el alma de tu tío Evaristo! Mátame, si te atreves, pero no será sin decirte antes que los mejores limpiabarros son los de fibra de coco.

Edelmiro se quedó como quien ve visiones. Le habían dicho varias veces que las almas de los muertos van a encarnar en los animales, pero lo supuso siempre un camelo tan gigantesco como la pirámide de Kehops. Y he aquí que en el alma de su tío se operaba una transformación: de blanca que fué

SUCEDIDOS

RELATO DE CAZA

La escena tiene lugar en el casino de una capital castellana, famosa tanto por sus magníficos monumentos como por el frío que allí se disfruta.

El de aquella tarde es de los que hacen época. Ha nevado durante la noche, ha helado durante la mañana y corre a esta hora de anochecer, tan propicia a las melancolías y a las tiritainas, un airecillo serrano que penetra hasta el mismísimo tuétano.

La tertulia está concurridísima y se habla de caza, uno de los temas favoritos de la ciudad, que con el del precio del trigo y el de las normas religiosas, constituye la inefable trilogía de sus interesantes charlas cotidianas. En la tertulia no hay ningún militar, lo que equivale a decir que la ciudad a que me refiero no es Burgos, ni Valladolid, ni Segovia ni Avila.

Forman la reunión harineros gordiflones, comerciantes enriquecidos an-

tes de la guerra, durante la guerra y después de la guerra, algún abogadillo de tres al cuarto, un médico socarrón, más competente en el arte de hacer reír que en la ciencia de curar, y cuatro o cinco pollos de provincia, gandules de profesión, ignorantes por temperamento y ricos, como es natural, pero la voz cantante la lleva un hombrecillo inverosímilmente entero y ruín, al que se le pueden contar los huesos y cuya delgadez es proverbial en todo el contorno, así como es celeberrimo por haber inventado un específico para evitar la caída del pelo, específico al que ha bautizado con el ingeniosísimo título de «Nomar»—anagrama de su nombre de pila—y cuya virtud y eficacia son tan manifiestas, que el pobre señor está completamente calvo.

Habla con una vocecilla tenue y aflautada, en la que pone el asma intermitencias de desaliento y de dolor.

Se ve que el hombre no tiene fuerzas para nada. Su delgadez extrema inspira compasión.

Y, sin embargo, como buen cazador, cuán maravillosas empresas está relatando. Ha matado águilas, jabalíes, lobos, venados, rebecos. Una vez, luchó con un buitre, cuerpo a cuerpo, y lo asesinó de una puñalada. En esta ocasión, derribó cuatro avutardas de un sólo tiro. Su casa está llena de gloriosos trofeos, pruebas irrefutables de su tino, de su valor y de su fuerza...

Los contertulios escuchan el relato, entre sonrisas incrédulas e indulgentes concesiones. El que más y el que menos piensa que aquel infeliz, consumido como está y «viviendo con permiso del enterrador»—frase cristianísima, muy corriente en la ciudad—no podrá mentir ya mucho. Y le dejan que mienta a sus anchas.

El hombrecillo prosigue entusiasmado:

—Pero lo verdaderamente extraordinario es lo que acaba de sucederme, hace pocos días, en plenos Picos de Europa, adonde, como ustedes saben, he ido a cazar osos... No se rían, no: a cazar osos... Era una mañana terrible. El termómetro marcaba quince grados bajo cero. En el monte había seguramente más de cuatro varas de nieve. Todas las sendas estaban borradas y nadie—por más que lo pagaba bien—quiso acompañarme en la cacería... ¡Bah! ¿Qué importaba? Puesto que ninguno quería ir conmigo, iré yo sólo. Y fui. Y marché directamente a la cueva del oso, que estaba en un precipicio horrendo. No llevaba más que la escopeta, la canana y el perro... Tardaría en recorrer el camino unas dos horas, porque me hundía en la nieve hasta las rodillas. Al fin, llegué a la cueva, y confieso que sentí una emoción extraña, que en cualquiera de ustedes hubiera sido miedo y que en mí no era más que emoción... A la puerta de la cueva, había un oso gigantesco que, al verme, abrió la boca enseñando los poderosos dientes y rugiendo de un modo ensordecedor. Creí que me tragaba. Me eché la escopeta a la cara y el oso, lleno de pánico, salió corriendo como alma que lleva el diablo...

El médico socarrón no pudo ya contenerse y exclamó, entre el júbilo unánime de la concurrencia:

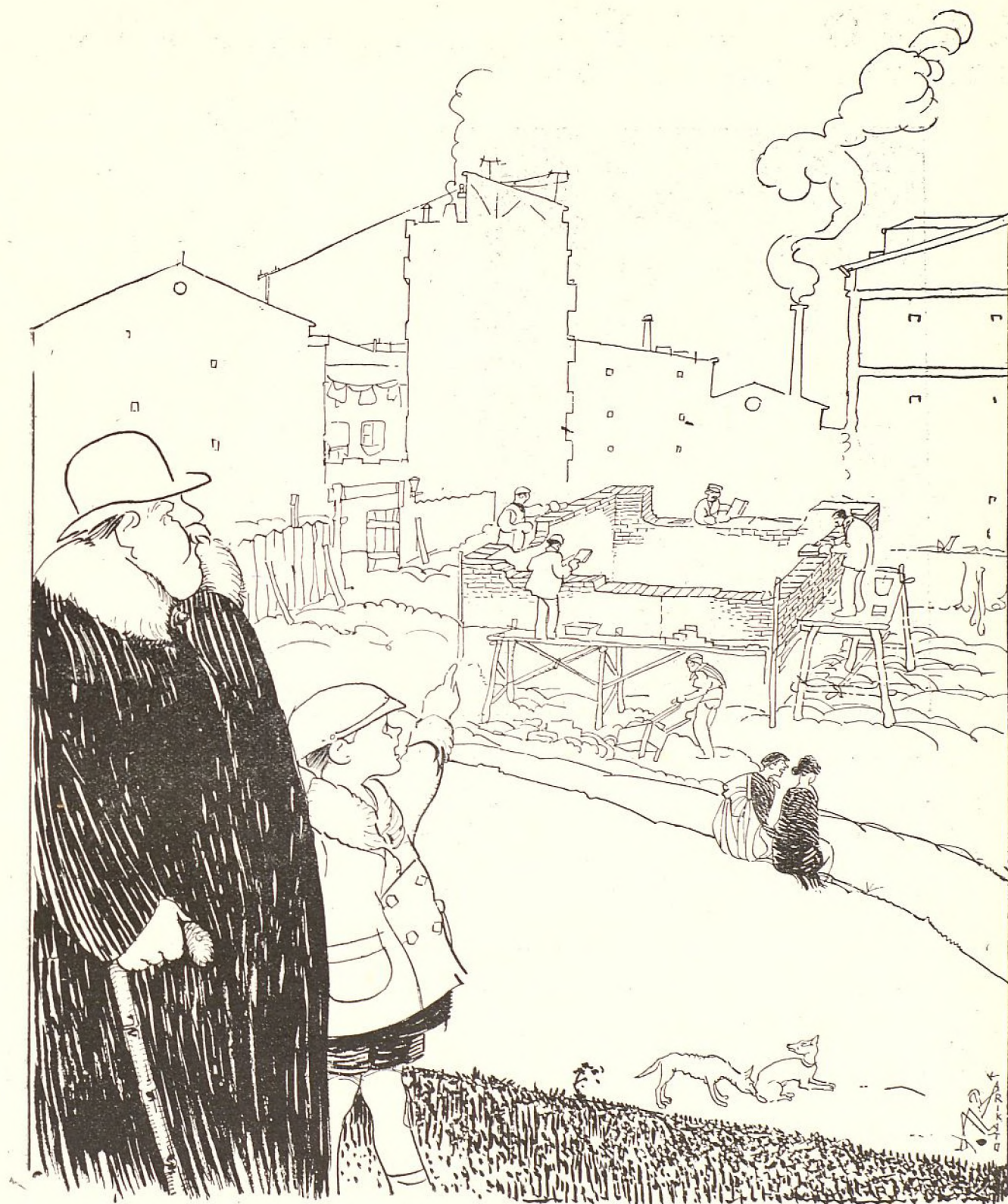
—¡Claro, hombre! Diría el oso: ¡El que se ha comido la carne, que se coma los huesos!

MARCIANO ZURITA



DID. CUBSTA.—París.

—Ya sé que digiste a Lili aquello que te dije no lo dijeras que digo de ella; me lo ha dicho ella, pero me dijo que no le dijera a nadie lo que decía la habías dicho que yo te dije...



Dib. KARIKATO. —Madrid.

—¡Abuelito!... ¡Mira'... ¡Mira... aquellos cuatro albañiles jugando al «Mah-Jongg»!...

Ayuntamiento de Madrid

RAMÓN PEÑA

M A Y O

DEL TEATRO PAVÓN



RAMÓN PEÑA, EL «AS» DE LA OPERETA, EL QUE NOS TRAJÓ LAS GALLINAS DEL BUEN GUSTO, NOS HABLA DE DETERMINADO MES DE MAYO Y DE OTRAS GALLINAS, TAMBIÉN DEL MEJOR GUSTO Y PROTAGONISTAS DE CIERTA DIVERTIDA AVENTURA

DE MI VIDA PINTORESCA

¡Mayo, te llaman florido
porque en tí crecen las flores!
Yo quiero darte al olvido
porque una vez me has herido
con mil penas y dolores.

El tiempo la vida ensancha
mas siempre recordaré
aquel lugar de la Mancha
donde una terrible plancha
tontamente me tiré.

Marchaba la compañía
pasando mil desazones
sin cobrar un solo día
y allí donde se podía
hacíamos las funciones.

En un pueblo, era un corral;
en otro, inmunda plazuela;
mas nunca por nuestro mal
en un teatro formal
cantamos una zarzuela.

El tío que nos llevó
era un hombre temerario.
Ni un solo sueldo pagó
y por eso acreditó
su madera de empresario.

Como ningún compañero
en situación tan penosa
disponía de dinero,
nuestro pobre tragadero
se hallaba en huelga forzosa.

Aun sin cobrar trabajábamos
pero en todos se advertía
que no nos alimentábamos
y más delgados quedábamos
hora a hora, día por día.

Viajábamos a pié,
en mula, burro o carreta
y nunca olvidar podré
las penitas que pasé
por ganar una peseta.

Si los carros se atascaban
parándose a cada paso,
los cómicos ayudaban
y el carro desatracaban
para no dormir al raso.

Tras emociones intensas
a Villalgordo llegamos
y del municipio a expensas
en unas cuadras inmensas
el teatro improvisamos.

Los cuartos para vestirse
eran enormes pesebres
donde es probable morirse
por que pueden adquirirse
del carbunclo, hasta las fiebres.

Al pesebre más lejano
mandaron al pobre Juan,
un artista valenciano
elegante cual Medrano
en su puesto de galán.

Como estaba enfurecido,
la empresa me daba coba;
yo por el hambre iransido
ya tenía decidido
comer paja y algarroba.

Sin fuerzas, debilitado,
yo creí que me moría,
mas Juan me dejó asombrado,
pues mostrándose encantado
...¡Se refa... se refa!...

Cada día que pasaba
se nos clareaba el hueso
mientras que Juan engordaba.
No había duda, nos la daba...
y nos la daba sin queso.

Molesto con el galán
juré sacar mis espinas.
Corro al pesebre de Juan
y veo que en él están
agachadas seis gallinas.

¡Ya todo lo comprendí!
Nosotros casi desnudos
de alimentos, y el allí
engulléndose... ¡ay de mí!...
docenas de huevos crudos.

De noche en el escenario
aun tuvo Juan la humorada
de decirle al empresario
que creía necesario
prorrogar la temporada.

RAMÓN PEÑA

Salvador Mora

DEL TEATRO INFANTA ISABEL

JUNIO

No puedo decir
ni una palabra.

¡Junio!... ¡Mire usted qué demonio!... ¡No tengo que contar nada de este mes!... Yo lo siento mucho, pero es que no me ha ocurrido nada de particular en Junio. Si se hubiese tratado de enero, podría referir mi lance con un escritor uruguayo, que tuvo cierta gracia. Y si me hubiera tocado hablar de febrero, sabrían ustedes por qué razón no me disfrazaré jamás de bebé para embromar a un empresario. También de marzo y abril podría contar lo que me ocurrió en Barcelona el primero del primero y en Uldecona el último del segundo. Y si se tratase de mayo, relataría la forma trágica en que acabó mi primer amor. Y lo mismo digo de julio y de agosto, testigos de mi temporada veraniega en Caldas, cuando yo no quería Caldas y me dieron tres tazas... En septiembre reñí con un casero. En octubre con una casera. En noviembre tuve un año mucho frío. Y en diciembre tuve más...

En fin, que en todos los meses del año me ha ocurrido algo, menos en junio... ¡Palabra!... Y es precisamente ese mes el que me larga BUEN HUMOR para que explaye mis dotes narrativas... ¡Qué le vamos a hacer!... ¡Otro mes será!...

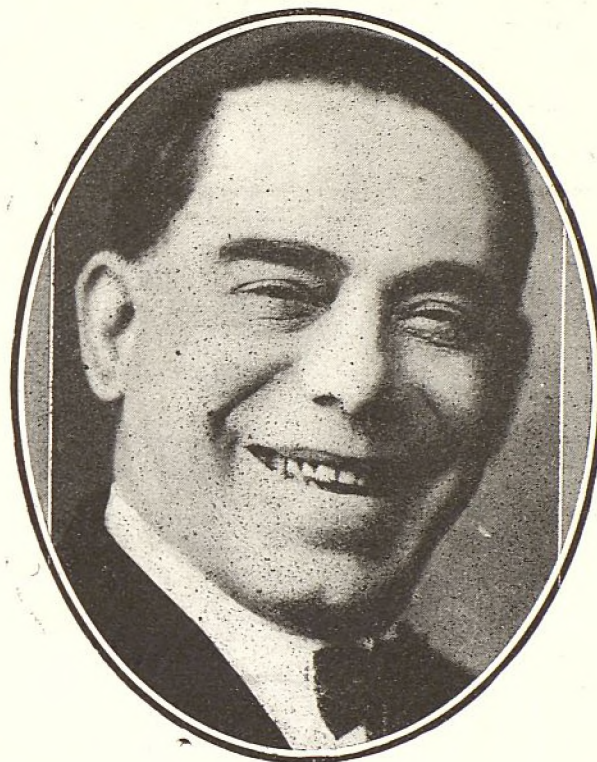
Porque, ¡vamos!, no es cosa de recordar que hace años, no muchos, porque yo soy todavía un chaval revoltoso, estuve sin contrato durante un mes de junio que a mí me pareció un trimestre...

Y como no es cosa de recordarlo, pues no lo recuerdo... Aparte de que no lo recuerdo muy bien... Lo que sé es que pasó así... Y si no pasó así, pasó de otra manera, pero pasó...

En resumen:

Yo les puedo asegurar que nunca Dios permitiera que en junio me sucediera nada de particular.

SALVADOR MORA



SALVADOR MORA, EL INSIGNE PRIMER ACTOR, QUE NO ES GALÁN PORQUE NO LE DA LA GANA, PUES TÍTULOS SEDUCTORES TIENE PARA ELLO, NOS OFRECE EL PRESENTE RELATO, EN EL QUE SE OBSERVA SU ARROLLADOR HUMORISMO



EL SALVAMENTO DE PHSCHFTZ

Mi madrileñismo, más acentuado que un esdrújulo, me ha hecho siempre cultivar la amistad de algún castizo con el mismo fervor con que hubiera podido cultivar una plantación de azafrán o de arrope manchego. De aquí mi amistoso trato con Amós Diez y Diez, chófer de un auto de alquiler, franja azul desfalleciente, a quien llaman en el barrio *el taxímetro decimal* y con el cual hice conocimiento en una tertulia de herbolarios conocida en San Millán por *la tertulia a las finas hierbas*.

Este Amós era un buen hombre, madrileño neto, a quien Escarlata, la peor lengua de la reunión, no encontraba más defecto que el de ser algo orgulloso.

—Entra en el café—decía—como si se dejara el auto a la puerta.

Y era verdad.

Una noche se presentó en la tertulia acompañando a dos extranjeros: mister Brice (pronúnciese Brais) y el húngaro Phschftz (pronúnciese como está escrito) matemático y profesor de segunda enseñanza el primero y primer violín de una orquesta de tziganes el segundo. Mister Brice, además, era inventor del contador marca *El Can guro* que usan en la actualidad todos los taxis madrileños.

Como quiera que Diez y Diez, al presentárnoslos, nos aseguró a todo riesgo que los dos ultrapirenáicos caballeros venían a la reunión deseosos de conocer nuestras costumbres, aquella noche, haciendo gala de un patriotismo que me honro en proclamar, decidimos hacer una excepción en nuestra costumbre de beber con exceso. Pero yo creo que hicimos el oso delante del húngaro, porque él, en lugar de pedir como nosotros una copita de licor, se hizo servir coñac en un vaso de dos litros.

Bebimos todos y después jugamos una partida de tute. Amós, Phschftz (que para demostrarnos que sabía jugar nos aseguró que siempre que tenía muchas copas salía arrastrado) y un servidor. Por cierto que en todos los

juegos se dió una curiosa particularidad. Siempre que yo hacía las diez de últimas, el músico cantaba las cuarenta y Diez y Diez, veinte.

Esta coincidencia *mosqueó* ligeramente a Amós, que se retiró del juego.



Entonces empeñamos (empeñamos, ¡ay!) otra partida Phschftz y dos servidores. Un servidor de ustedes y un servidor del duque de Arrancapinos, andaluz más cerrado que una lata de conservas, que también concurría a la reunión.

—Ahora no estaría de más—dijo Amós—jugar al mus.

Efectivamente, jugamos. Y a mister Brice le pareció tan aristocrático nuestro juego, que se hizo enseñar para, a su vuelta a Inglaterra, introducirlo en la buena sociedad londinense.

—Sobre todo a los pares—decía—les va a parecer de órdago.

Mientras el inglés aprendía a distinguir la chica de la grande, el húngaro se permitió una cuchufleta a propósito de lo poco a que ascendía el líquido de nuestras consumiciones, y Amós, que es más flamenco que Rembrandt, pidió que le sirvieran coñac en una jofaina. Al poco rato roncaba debajo de un diván.

Cuando salimos del café, el matemático discutía una jugada de mus igual que pudiera hacerlo un artífice del ramo de la construcción, y el músico arrastraba una *foquilla* verdaderamente impropia de un virtuoso.

...

Pocas noches después, el profesor inglés nos anunció, en su mejor castellano, que *se partía* para la India. (Esto de que el inglés *se partía*, hizo que Diez y Diez *se tronchara*.) Y como

mister Brice era el que le pagaba el coñac a Phschftz, a éste le hizo la noticia menos gracia que un tozudo de la hilaridad.

Partió, pues, el inglés y desde aquel mismo día dejó de asistir a la tertulia el violinista. Nadie se explicaba dónde

podría estar metido y, temerosos de que le hubiese ocurrido un *estropicio*, pensamos denunciar su *eclipse* a las autoridades. Precisamente, Amós conservaba en su casa un retrato que Phschftz le dejó en depósito. Corrimos a buscarlo para con él orientar a la policía; pero, ¡oh, decepción! Era un retrato futurista hecho por un pintor polaco.

...

Al cabo de algún tiempo tuve carta de mister Brice. En ella me contaba que el húngaro, no queriendo tal vez renunciar a su *mona*, se había marchado con él. Me contaba que habían naufragado y que después de mil trabajos, hechos *harina*, pero salvados, se habían encontrado en una isla desierta donde vivieron mes y medio alimentándose de hierbas y raíces. Mientras Phschftz buscaba las hierbas, el profesor de matemáticas extraña, las raíces. Me contaba también que se había salvado agarrado a una tabla (tratándose de un matemático, tal vez la tabla de multiplicar), y que no se explicaba cómo el húngaro, que iba *cogorza*, se había podido también salvar.

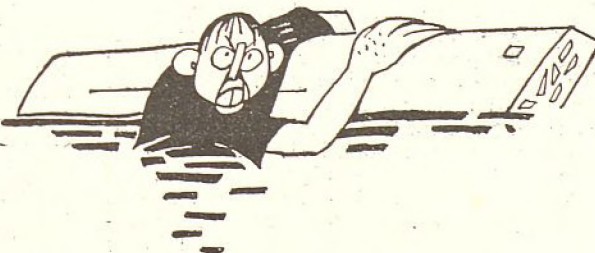
Y entonces Diez y Diez, que

escuchaba mi lectura, exclamó:

—Este inglés es tonto de *toz* la cabeza. Si él se salvó *agarrao* a una tabla, ¿por qué le choca que el otro se salvara llevando un *tablón*?

GARRIDO

(Dibujos del mismo.)



LUIS BORI JULIO

DEL TEATRO MARTIN



LUIS BORI, EL GRACIOSÍSIMO Y JUVENIL
ACTOR NOS SOBRECIGE CON UN DRAMÁ-
TICO RELATO DIGNO DE LA PLUMA DE
UN POE

UNOS GOLPES EN LA NOCHE...

Vivía yo en un hotel de cierta población canaria, donde por cierto me cobraban un pico mucho mayor del que correspondía a la naturaleza de la ciudad. Una noche (la primera que pasé en el establecimiento) me retiré a mi cuarto, inmediatamente de acabar la función, con el honrado propósito de leer en la cama un *Heraldo* bastante atrasado que me había traído de Madrid. Y pasada una hora, y leído que fué hasta el último anuncio, apagué la luz y caí rendido y amante en brazos de Morfeo.

No habían transcurrido ni cinco mi-

nutos cuando oí que llamaban a mi puerta con unos golpecitos muy menudos. Mi natural donjuanesco me hizo al pronto encontrar muy lógico aquello; pero aunque el caso lo encontrase muy natural mi natural, medité unos momentos: ¿habré yo cita lo a alguna dama para hablarla de la guerra europea y se me habrá olvidado?...

Pero no, no era lo que pensaba. Los golpes se repitieron, menos menudos y más apremiantes y empecé a escarmarme con la cara y el pelo. Dí a la llave de la luz y pregunté, con más canguelo que dignidad: ¿quién es?...

No obtuve respuesta. El silencio era más absoluto que Fernando VII.

Así pasó una hora y, un poco más animado al ver que los golpes no se repetían, apagué nuevamente la luz; pero ¡ah!, los golpes se repitieron por tercera vez.

Sentí que mis cabellos se erizaban, a pesar del medio kilo de fijador que gravitaba sobre mi cráneo, y salté de la cama. Intenté dar la luz y me quedé con la perilla en la mano, efecto de mi nerviosidad. ¡Qué aspecto presentaría yo con los pelos de punta y con la perilla arrancada, que hasta en la obscuridad tenía miedo de mí mismo!... Tuve valor, no obstante, para coger mi revólver y una caja de cerillas y, jugándomelo todo, volví a preguntar: ¿quién es?, ¿me quieren hacer el favor de decírmelo o quieren que manche mi vida matando a alguien?...

Nuevo silencio del que llamaba. Nuevo silencio mío. Y, ¡horror!, nuevos golpecitos y la puerta que cede, dejando oír un leve chirrido.

Yo debí en aquel momento recordar que, en una distracción, me había dejado la puerta sin cerrar, pero no lo recordé porque me faltó para ello la necesaria serenidad. Yo, a altas horas de la noche, no soy sereno y no tengo envidia de los que lo son y les pagan encima... Ví un horrendo peligro en aquella puerta que se abría y me lancé al pasillo con la caja de cerillas y el revólver. Pero al cruzar la puerta, se apagó mi heroísmo y dejé caer al suelo los fósforos de diez céntimos y el arma de doce cápsulas y volví a encerrarme en mi habitación, temblando, tiritando como no hay quien haya tiritado en julio y coloqué detrás de la puerta mi baul, mis dos maletas, mis seis sombrereras, el lavabo, el colchón de lana, el *sommier* y diez pares de zapatos y detrás de aquella barricada esperé que apuntase el alba.

Y al día siguiente, y al salir al pasillo, me encontré en la misma puerta un hermoso erizo (en Canarias se emplean los erizos para cazar ratones) completamente cadáver y a su lado mi caja de cerillas vacía y el revólver intacto.

El pobre erizo se había comido todos los fósforos y había reventado en el más absoluto abandono. Siempre he creído que aquel erizo fué un suicida que buscó la muerte con completa conciencia.

Y me consuela del ratito que pasé, el pensar en lo que pasaría el pobre animal ante la duda horrible de si se mataba con las cerillas o con el revólver...

¡Bueno, si se llega a comer el revólver, me fastidia!...

Luis BORI

PACO GALLEGO

DEL TEATRO APOLO

AGOSTO

¡LAGARTO, LAGARTO!

Fué en el mes de agosto del año diez y ocho, el malhadado año de la gripe, y precisamente el mismo día 27, me acuerdo como si fuese hoy. Mi señora se encontraba en cama con un fuerte francazo y mis niños con unos cuantos francazos más que había tenido que darles yo, porque no querían acostarse. Por fin conseguí que lo hicieran y ya iba yo a imitarlos cuando un timbrazo prolongado me lo impidió. Algo sobrecogido, salí a abrir. En el dintel de la puerta apareció un joven de rostro pálido que al descubrirse para saludarme dejó al aire su amplia melena de radioescucha, que es la melena más desordenada que he visto yo, después de oír un concierto con el casco de auricular puesto...

El joven en cuestión, después de una pausa, se lanzó a hablar atropelladamente:

—Usted perdone—me dijo—lo intempestivo de la hora, pero el Arte no espera. Vengo del teatro Eslava. El empresario, que tenía una tragedia mía, me la ha devuelto diciéndome que estaría mejor con música. Yo en seguida he pensado en usted... Recuerdo haber leído, no sé dónde—ni yo recordaba haberlo dicho—, que a usted le es muy simpático todo el que empieza y... ¡claro!, desearía leerle mi obra que, desde hoy, será drama lírico. Escuche usted... —Y empujándome hacia dentro, se coló en casa y cerró la puerta.

—Tenga usted en cuenta—le argüí, batiéndome en retirada—que es tarde; que mi señora está enferma; que los chicos están durmiendo...

—No importa, D. Francisco, yo acabo en seguida...

—Es que...—me atreví a responder aún.

—Ande usted, ¡no sea intransigente!... ¡por lo menos, una escenita!

Asentí, malhumorado. El, sacando un envoltorio de papeles que llevaba en un bolsillo, comenzó a leer:

—*La tea*, drama lírico en tres actos y dos epílogos. Personajes: El Duque de A. El Conde de C. El Barón de B. Pajes y cortesanos. La acción en Castilla a mediados del siglo XVIII, época actual. Acto primero. Un caserón en Segovia. Al levantarse el telón están el Duque, el Conde y el Barón, ante una mesa tosca, sobre la que hay una sopera y tres platos humeantes. El Barón de B no se ve, de hambre que tiene. El Duque de A, cecea. Escena primera: Dichos.

(El Duque de A al Conde de C, dando un puñetazo sobre la mesa.)



PACO GALLEGO, EL ENCANTADOR ARTISTA DE APOLO, DEFIRIENDO A NUESTROS RUEGOS HACE SU AGOSTO Y NOSOTROS NOS ALEGAMOS MUCHO

Cé que habláis más de lo juzto y con zaña desmedida.

EL CONDE DE C

—¿Yo?

EL DUQUE DE A

—¡Sí! Y os jugáis la vida dando a la zin güezo, gusto, pues mengua de vuestro honor es que le déis a la lengua...

EL CONDE DE C

—¿Cómo habéis dicho?

EL DUQUE DE A

—¡Que ez mengual

EL CONDE DE C

—¡Ya lo había oído, señor!

EL DUQUE DE A

—De vuestra cobarde hazaña cuenta, al punto, me daréis. Como sois, vos purgaréis.

EL CONDE DE C

—¡Yo lo hago con Carabaña!

Al llegar a esto de la Carabaña, me descompuse y, nerviosamente, le dije al joven y pálido autor novel:

—Bueno, perdone usted que no le siga atendiendo, pero es que, vamos, no hay derecho.

—¡Ya, ya! Así son ustedes, todos los consagrados. Mucho hablar y... ¡nada!

Sin poderme contener, lo empujé hasta la puerta, abrí y dándole un empujón lo hice salir a la escalera, retirándome después a dormir.

Pasé una noche horrible de inquietud y pesadilla. Al otro día, cuando salí a la calle, me pareció ver en la acera, arrugados y sucios, unos cuantos papeles de los que el joven autor había estado leyéndome. Se conoce que con la emoción y con el susto recibido, el pobre se sintió mal y... ¿para qué voy a contarles?... Con estos detalles comprenderán ustedes que estoy... excusado de seguirles hablando.

Y ahora, a ver a quién se le ocurre pedirme que hable del mes de agosto.

Paco GALLEGO

LAS INEVITABLES Y FORZOSAS CUATRO ESTACIONES

Vamos a hablar por una vez más, y confiando en que ustedes no se molesten, de las cuatro estaciones del año. En todo almanaque que se estime en algo, resulta forzoso aludir a la alegre Primavera, al caliginoso Estío, al suave Otoño y al crudo Invierno. Claro es que yo no cometeré la desvergüenza de decir que el Invierno es la estación del Norte, el Verano la estación del Mediodía, el Otoño la estación de las Delicias y la Primavera la estación de las Pulgas. Aun siendo verdad, ¡que lo es!, resulta una impertinencia y no lo digo. Tampoco diré que en Primavera se dan lilas, en verano calabazas, en Otoño siempre vivas y en Invierno no vivas nunca. Igualmente me libraré de decir que en Primavera se ven rosas, en verano risas, en Otoño reses, y en Invierno rusos. Todo esto resulta vulgarísimo y se lo saben ustedes de memoria, como les consta que en Invierno se fastidia el que está de capa caída, en Verano se chinch a el que tiene chinches, en Primavera tiene granos hasta el que no siembra trigo y en Otoño todos los duros suenan bien porque se les cae la hoja por obligación.

Decir que el Invierno lo despiden los dios Momo, es memo; asegurar que la Primavera acelera la circulación, es poner en un compromiso a los guardias de la porra; sostener que el Otoño lo preside Baco, es ganas de abrir la boca; y jurar que en Verano, y para la mujer, todo traje es tupido, es estúpido... Insisto en que todo eso se sabe y que huelga la repetición.

¿Cómo hablar entonces de las cuatro estaciones tantas veces mencionadas, sin ofender al público y sin ofenderlas a ellas?... Escribir que el Invierno es crudo, es una majadería. Decir que el Verano es asado, todavía lo es más. Llamar fresco al Otoño es insultarle taimadamente. Y llamar Primavera a la Primavera ya es el colmo de la desconsideración.

Decididos, no obstante, a escribir algo nuevo sobre las cuatro estaciones, cillas que anualmente tenemos el deber de aguantar, allá vamos con unos cuantos comentarios que celebraremos que sean de su agrado, y que previamente advertimos que lo tienen que ser porque es que no tenemos otros, y si ustedes no quieren éstos se van a quedar sin ninguno...

Pero en vista de que nadie parece incomodarse ni disponerse a llevarnos la contraria, ponemos mano en la tarea, tiento en la mano y prudencia en el tiento...

¡Y allá va la navel!

Primavera.

Se llama así a esta estación porque es la época en que los novios y las novias disparatan más a gusto. Las felices parejas se enlazan amorosamente en los jardines, en los bosques, en las florestas y en los cafés oscuros (o sea en los que no son de color de café); y como, en estas amantes aproximaciones, la mujer acaba siempre por ser una prima, de aquí el nombre de la estación. Se llama Primavera porque es cuando el hombre está a la vera de la prima...

En esta época del año los árboles tienen savia. Hay, sin embargo, una excepción: y es la calle de Lista, de Madrid. Los árboles de esta calle, para no molestarla, procuran que no se vea que tienen savia y se conforman con que la gente diga que la calle es Lista...

Acontecimientos de esta época son el cumpleaños de San Isidro, la verbena de San Antonio, la conmemoración de San Teocrácito y el debut de Sanz, ventrílocuo.

Verano.

Estación que, más que ninguna, necesita una marquesina, porque el sol pica que asusta. En este tiempo, además de picar el sol, pica la mosca, pica el mosquito, pica la avispa y pica la pulga, y lo mismo pica en España que pica en Norteamérica, que pica en Dinamarca, que pica en Flandes.

Suele celebrarse alguna lotería extraordinaria con premios crecidos, y entonces pican también los jugadores. El gordo suele sudar. Y los que esperan que les caiga, sudan más.

La única región del mundo donde los habitantes no sudan es el Sudán. Y se explica... ¡Llevan ya sudando tantos años, que han acabado por acostumbrarse, y en el momento actual no sudan ni gota!

El único santo que en esta época del año tiene negocio, es San Sebastián.

San-tander también tiene algo, pero no tanto.

Lo demuestra el número de devotos de ambos santos. Al primero le encienden una de velas que marea, y el segundo se tiene que conformar con un mixto diario...

El mixto de Santander, de quien habrán ustedes oído hablar... ¡Y muy mal, por cierto, porque hay razón para ello!...

Otoño.

Epoca que no ha tenido nada saliente hasta que al excelentísimo Ayuntamiento de la Villa del Oso se le ocurrió organizar unos inolvidables festejos, gracias a los cuales, la villa, entonces, fué mucho más del oso que de costumbre. El negro pesimismo de los madrileños, la crisis teatral, la subida de las lentejas, el suicidio por medio de la carne congelada y la baja del franco, datan de aquella fecha.

Aparte la calamidad citada, en Otoño se empiezan a sacar las capas; primero del Monte de Piedad y luego a la calle. También es la época en que, por diez céntimos, pueden ustedes sacar las castañas del fuego, aunque es mejor que las saque la castañera.

Empiezan a abrirse los *cabarets*, tristes lugares de recogimiento y dolor, donde se bailan ciertas danzas macabras mientras se vierten lágrimas de pesar y arrepentimiento por la tontería que se está cometiendo.

¡Al *cabaret* llorando, yo que siempre reí!—como dijo el otro.

Invierno.

Diciembre, Enero, Febrero y parte de Marzo transcurren en esta etapa, frígida cual estepa, sombría cual cárcel en donde se haya fundido la luz y desagradable como suegra con voz de soprano.

Generalmente la Nochebuena es una noche pésima. El Hado cruel es con los pobres que van a cuerpo mucho más helado que de costumbre. Suele nevar, hasta tal extremo que, a pesar de las treinta y cinco mil tabernas que tiene Madrid, caen muchos más copos que copas.

El día de San Antón salen a la calle la mar de caballerías, vistosamente enjaezadas, a celebrar la fiesta del mismo nombre; y salen haga el frío que haga. ¡Si no fuesen caballerías, no saldrían!

El Carnaval cae siempre en Invierno. Las máscaras, en cambio, no caen ni caerán nunca en que están haciendo un ridículo exorbitante. Algunas, por excepción, caen con pulmonía. Otras, pertenecientes al bello sexo, caen a veces con un amigo.

Este año dicen que Chicherín se ha empeñado en que el Gobierno de Rusia, haga una leva sobre el capital y que esto se tiene que realizar en Enero.

¡Y el hecho de que un ruso se empeñe en Enero nos parece un absurdo digno de registrarse!...

Néstor O. LOPE



CABARET

Dib. RIAS. — Madrid.

—¿Y a tí, pocholín, cómo te han dejado venir solo?
—No he veni lo solo, me ha acompañado mi abuelita

Ayuntamiento de Madrid

Perico Sepúlveda = SEPTIEMBRE

— DEL TEATRO INFANTA ISABEL —



PEDRO SEPULVEDA, EL CORPULENTO Y MAGNIFICO ACTOR, EXPLICA A CONTINUACION UNA ANECDOTA QUE, POR OBRA Y GRACIA DEL DESTINO, LE OCURRIO EN UN MES DE SEPTIEMBRE, CUYO AÑO SE RESERVA PARA QUE NO SE PUEDAN HACER CUENTAS Y ADIVINAR LA EDAD QUE TIENE

Acababa de dedicarme al teatro. Después de dos años de meritorio en la Comedia, fui contratado en Lara. Primeras figuras de esta compañía: *Balbina Valverde*, *Matilde Rodríguez*, *Conchita Ruiz*, *Clotilde Damús* y *Leocadia Alba*. *José Rulio*, *José Santiago*, *José Calle* (galán entonces) y *Francisco Barra'coa*. Y para hacer lo que nos repartieran, bueno o malo: *Ricardo Simó Raso*, *Pedro Zorrilla* y yo. Excuso decir lo azorado que estaba yo (que sólo llevaba dos temporadas de actor) al lado de aquellos artistas notabilísimos. Estando con esta compañía en América, pidieron en no sé qué provincia de la Argentina, que representáramos una obra que creo que se llama *Corazones de Oro*, comedia muy antigua, y que como es natural no figuraba en el repertorio de Lara. A mí me repartieron un *notario* que sólo tenía una escena en el último acto. En esta escena leía un testamento. Esto era lo más interesante de la comedia... Todos los personajes de la obra sentados a mi alrededor y escuchando emocionados lo que yo decía con voz campanuda, de pie y detrás de una mesa... En esto, llego a la cláusula que decía: "*dejo a Fulano toda mi fortuna que asciende a 900.000 pesetas*"... me equivoqué y digo: "*dejo a Fulano toda mi fortuna que asciende a 90 pesetas*"... ¡Y allí se acabó la comedia!

PEDRO SEPULVEDA

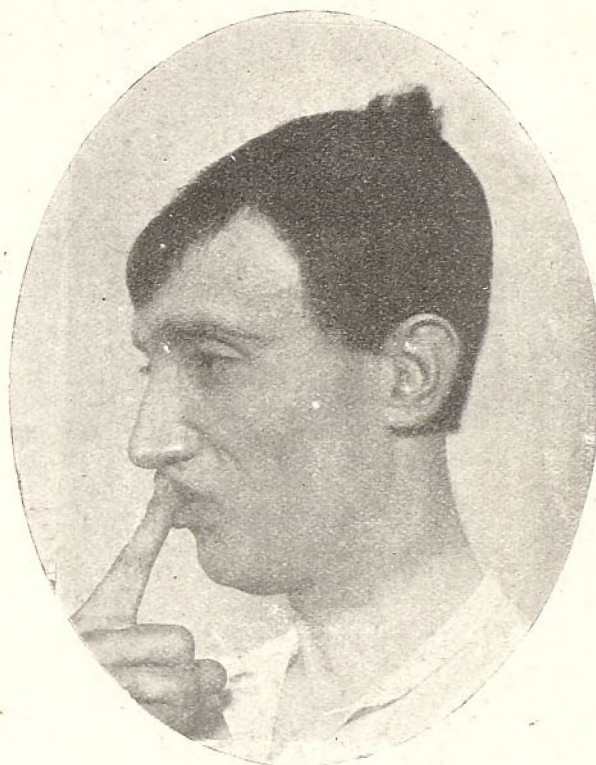
Septiembre.

Manolo Collado

OCTUBRE

DEL TEATRO DE ESLAVA

MANOLO COLLADO, EL
GRACIOSO, JUVENIL Y MA-
YESTÁTICO ACTOR,
CUENTA LAS COSAS QUE
LE HAN SUCEDIDO EN EL
MES DE OCTUBRE
CON UNA ELEGANCIA DE
EXPRESION QUE VA A
DEJAR A NUESTROS LEC-
TORES PREOCUPADOS



¡MI MES!

¡Octubre! Todo en mi vida me ha ocurrido en este mes. Los once restantes pasan para mí en una monotonía aterradora. Pero llega octubre y sus treinta y un días son para mí otros tantos aniversarios. Todo me ha sucedido en este mes.

Nacer, por ejemplo: el día 25 de octubre de hace veinte años nací y a los tres días—o sea el 28—a poco si mi padre me estrella contra el pavimento de la calle de Atocha, porque llevaba noventa y tres horas sin poder dormir ni media porque yo en cuanto vine a la luz pública cogí una perra de esas que, por lo larga, debía ser galga y, por otras razones, de aguas.

Si mi memoria no me engaña, en el mes de octubre aprendí el primer tango de Spaventa.

En octubre también me dejó cesante el Directorio. Yo era de Hacienda, ¿comprenden? y me quedé

sin Hacienda en un minuto. Examinaron mi hoja de servicios y, al llegar a la caída de la hoja—todo llega—cometieron la acción indecorosa de dejarme sin hoja.

En el mes de octubre igualmente fui a París. Esto parece sencillísimo, pero ¡ya, ya! Desde que en la estación creí que los "*Porteurs*"—¡bien claro estaba: *Porteur*—eran los porteros de Francia hasta que me despedí de mis amigos Printamps, Louvre, Lafayette, no hice más que sudar de *l'encre* y hablar por señas. Hice tal furor que Briand me ha escrito diciendo que me vaya a verle en seguida: quería contratarme para la Conferencia de Londres, a ver si yo me hacía entender por señas y convenía a todos aquellos señores, que no se dejan convencer, por lo visto, a fuerza de discursos.

También este mes estrené muchas comedias "de cuyo nombre no quiero acordarme" ni creo que quieran ustedes que yo se lo recuerde.

En este mes he visto la Exposición de Artes Decorativas, de París, que es una *visión* que no se me borrará de la memoria. De esta Exposición hablaré en otro artículo, pues pienso presentarme a la primera que anuncien, con la seguridad de ser premiado con la medalla de Algodón Hidrófilo, creada para todos los que dibujamos de oído.

En el mes de octubre igualmente se le cayó la hoja a un duro que tenía (que tenía yo y que tenía hoja) y en este mes, por último, vuelvo todos los años a Madrid ¡fecha bendita! después de nuestra excursión veraniega por varias provincias españolas, esas provincias llenas de encanto y poseía, de recuerdos históricos, de tranquilidad y de belleza, que el mar, haciendo una obra bienhechora, debía llevarse entre sus olas para tranquilidad de los pobres cómicos. Sólo por este hecho ¡adoro el mes de octubre!

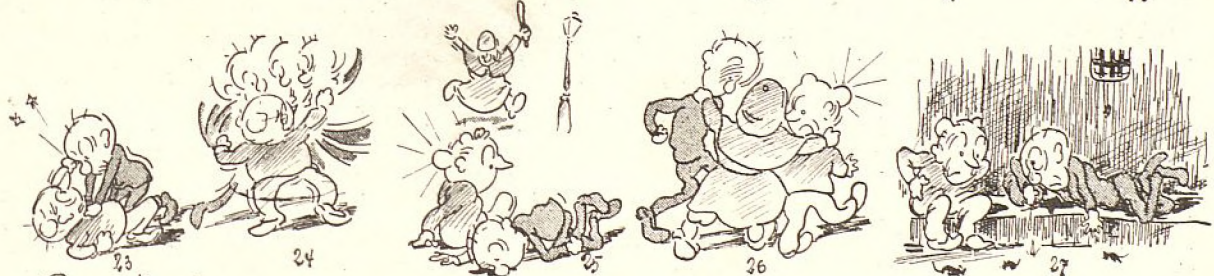
MANUEL COLLADO



Elib. TOVAR. — Madrid.

— ¡Si fueran los tiempos de Adán y Eva, qué gran tienda de ropas hechas pondríamos con todas estas noias!

Ayuntamiento de Madrid



Pérez Muñoz

UNA NOCHEBUENA, MALA

(Historieta por PÉREZ MUÑOZ.)

PEPE YSBERT

NOVIEMBRE

DEL TEATRO LARA



PEPE YSBERT, EL SALADÍSIMO Y MONSTRUOSAMENTE SIMPÁTICO COMEDIANTE, SE NOS MUESTRA COMO UN NARRADOR DE SINGULARÍSIMO ENCANTO Y DE GRACEJO INEFABLE

PERO, ¡VAMOS AL CASO!

Para un artículo en BUEN HUMOR este mesecito *se las trae*. Todos los Santos y el día de Difuntos. ¡Vaya alegría! Asunto para hacer una copla andaluza, tal vez.

El mes en que tan sólo los cipreses y los pinos conservan su verde negruzco y triste.

Para mí este es el mes que me recuerda más mi fealdad, porque me lleva al convencimiento absoluto de que, ni aun en el teatro, puedo hacer «el Tenorio».

A este mes se le podía titular «mes de los galanes».

Menos mal que en este mes, con el

frío que hace, nos vemos libres de esos animalitos pequeños y *pícaros*, que no nos dejan vivir a nosotros, los animalitos mayores. Yo, como he tenido que rodar en esta vida por tantas casas de huéspedes, donde tienen la obligación—¡pues no faltaba más!—de tener también esos *huéspedes*, en cuanto siento el frío es de lo primero que me acuerdo, de que moscas, pulgas, chinches, se tendrán que chinchar con el fresco y morir o esperar unos cuantos meses.

Recuerdo que, en una ocasión, le pregunté en un pueblo a una patrona: —¿Señora, aquí hay chinches? Y me respondió: —Todavía no es la época; en agosto, seguramente.

Y llegará esa época, volverán a retoñar los árboles, correrá el agua, libertada de su prisión de hielo; quemará el sol, dando vida con su calor a todos esos seres dormidos.

En el infinito rodar del tiempo, después del invierno, vendrá la primavera y el verano, y en ese natural avance me encontraré con que, para hacer el Tenorio, ya no sólo me faltará belleza física, sino también juventud. Esto no será muy alegre, pero el BUEN HUMOR será conmigo. No me quedará entonces otra cosa, pero cuarenta céntimos, sí crec. Y el BUEN HUMOR anda barato.

Pero, ¡vamos al caso! ¿Me pedís que relate una anécdota graciosa que me haya sucedido en este mes? Me ponéis en el más grande de los aprietos. Todas las cosas que me han sucedido, que dicen que son graciosas los demás, para mí son trágicas, porque todas ellas han sido motivadas por mi gran defecto, que soy muy distraído. Es muy difícil aceptar sonriendo lo causado por nuestras debilidades.

En el primer viaje que hice a Buenos Aires, tuve la honra de ser compañero de cámara de los grandes artistas franceses Regina Badet y Andrés Brulé.

De los diez y ocho días que duró la travesía, estuve mareado diez y seis; esto dió motivo para que todo el pasaje lamentase mi triste y *provocativa* situación, muy especialmente la ilustre actriz francesa ya citada.

Rendido, caía dormido en cualquier sillón, y, al despertar, me encontraba cubierto por infinidad de prendas femeninas, y entre ellas, un soberbio abrigo de pieles de la simpatísimísima Regina. Allí me hubieran visto, devolviendo prendas como los toreros.

Madame Badet, en un idioma franco-español, amablemente me preguntaba a todas horas: —Monsieur Ysbert, ¿usted está *mareado*? —Hoy estoy mal, muchas gracias. —Monsieur Ysbert, ¿está *marido*? —Regina, gracias a Dios estoy peor.

Uno de los días coincidimos en la escalera del Hall para bajar al comedor, la ofrezco el brazo, descendemos unos cuantos escalones y me pregunta:

—Monsieur Ysbert, *vous est marié*?

—Hoy, no; ayer, un poquito.

Se sentó en la escalera, presa de un ataque de risa, y yo, al darme cuenta de la plancha, a punto de desvanecerme.

José YSBERT.

Alberto Romea

DEL TEATRO FONTALBA

DICIEMBRE

Para imponerse en el teatro.

Se me pide una anécdota de mi vida correspondiente al mes de diciembre, el mes por excelencia, el mes tras del cual no hay nada, el mes que podía decir con Luis XV: «¡Después de mí, el Diluvio!» Y ya que se me pide esa anécdota, voy a exponer al lector un suceso real, con lo cual, además de exponerle eso al lector, me voy a exponer yo a algo desagradable. Pero no es culpa mía el no ser escritor. Es culpa del Destino. De manera que allá el Destino con las culpas.

La anécdota que voy a contar contiene una enseñanza. Esto no ocurre todos los días. Y la enseñanza es la siguiente: que para imponerse en el teatro no hace falta más que proponérselo, y que la cultura está absolutamente demás. Lo voy a probar con la misma meticulosidad que si tratase de un smoking. Atiendan ustedes:

En un mes de diciembre de hace unos cuantos años, yo empecé a trabajar con una meritoria. La muchacha era muy linda, cosa que no les ocurre a todas las meritorias, por lo cual apunto el hecho y lo dejo estampado para que la posteridad opine lo que quiera.

Finalizaba diciembre y la temporada. En el escenario, durante los ensayos, se hablaba de la próxima *tourné* por provincias. También se hablaba mal del empresario; pero lo que verdaderamente nos interesa ahora es lo que se decía de la *tourné*. Y lo que se decía de la *tourné*, era lo de siempre: que haríamos el Norte, que haríamos Levante, que haríamos Andalucía. En el fondo, no sabíamos lo que íbamos a hacer. Pero alguien dijo que lo verdaderamente seguro era nuestra actuación en Valladolid. Esto me alegró, porque a mí los piñones me entusiasman. Nada me importa declararlo públicamente.

Al saberse lo de Valladolid, la linda meritoria se me acercó y me dijo:

—Me alegro que la Empresa cuente conmigo para salir a provincias, por-



ALBERTO ROMEA, EL CONOCIDÍSIMO E INGENIOSO ACTOR
NOS ENVÍA, PARA LOS LECTORES DE «BUEN HUMOR»,
UNA ANÉCDOTA DE SU VIDA, ESCRITA CON MUCHA SAL
Y ALGO DE TINTA

que el médico me ha mandado tomar baños. Diga usted, Romea, ¿Valladolid es puerto de mar?

Naturalmente, me quedé más asombrado que Don Ramiro el Monge el día que estrenó el primer hábito.

—Pero, señorita, ¿es posible que crea usted que Valladolid es puerto?

Y la nena contestó, con una ingenuidad de final de primer acto:

—¡Ay! ¿Qué quiere usted? Cuando

era pequeñita estuve enferma con las viruelas y no tuve tiempo de instruirme. (¡!)

Esta meritoria llegó más tarde a ocupar un puesto importante en el Teatro. Con lo cual queda probado que para imponerse en el teatro no hace falta saber nada. Con un poquito, basta. Y como basta con un poquito, pues basta.

ALBERTO ROMEA.

DEL BUEN HUMOR AJENO

CUENTO DE NAVIDAD

EUGENIO E HIPÓLITO

POR MAX Y ALEX FISCHER

Nochebuena. La una de la madrugada.

En el piso primero de un suntuoso inmueble del boulevard Malesherbes. En casa de los señores Durand. La alcoba de sus hijos Lili, Zezette y Riri.

Hace largo rato que el señor y la señora han salido a cenar a casa de unos amigos. Los criados duermen en el sexto piso.

Acostados en tres camitas iguales, Lili (ocho años), Zezette (siete años) y Riri (seis años)—que antes de meterse en la cama han tenido el cuidado de alinear sus zapatitos delante de la chimenea—, sueñan deliciosamente.

Eugenio e Hipólito, ladrones, en tran con precaución en el cuarto, alumbrándose con una linterna sorda, y sin ruido, de puntillas, dan vuelta a la estancia.

Hipólito.—¡Toma, si hay niños! Ven a verlos, Eugenio... ¡Son tan bonitos!

EUGENIO.—¿Verdad que están guapos con sus tirabuzones rubios?

HIPÓLITO.—¡Qué quieres que te diga, Eugenio! Cuando veo esto, pienso que he torcido mi rumbo. Yo debí haber ido con una mujercita a ver al cura... Siento en el fondo el instinto de la paternidad.

EUGENIO.—Pues bien, Pólito; estoy de acuerdo contigo. Mejor dicho, tú estás de acuerdo conmigo. En fin, que los dos pensamos lo mismo.

Eugenio e Hipólito han liado conienzudamente en un só'o paquete los cuadros que lucían en las paredes de la alcoba y reunido en otro bulto los efectos hallados en el armario. Antes de retirarse, se dedican a introducir en sus bolsillos los bibelots de precio que adornan un velador.

De repente, Hipólito—a menos que no fuese Eugenio—tiene a desgracia de tropezar con una silla. La silla cae.

EUGENIO (entre dientes).—Boum. ¡Vaya un bólido! ¡Vive Dios!...

HIPÓLITO (el mismo juego).—¡Buena se va a armar!

Una pausa. Eugenio e Hipólito no se atreven a moverse y contienen la respiración.

LILI (medio despierta por el ruido). ¿Eres tú, mamá?

ZEZETTE (el mismo juego).—¿Eres tú, papá?

RIRI (ídem).—¿Es usted, Fraulein?

Nueva pausa. Eugenio intenta en vano esconderse detrás de la butaca más próxima. Hipólito pretende, a su vez, disimularse tras un cortinón.

HIPÓLITO (en voz tenue).—¡Con tal de que los mocosos vuelvan a dormirse!... ¡Qué mala pata!

EUGENIO (en voz tenue). ¿Qué hacer? ¿Qué irá a pasar?

Lili, Zezette y Riri, no parecen dispuestos a reanudar el sueño. Empiezan a rebullirse en sus camas. Probablemente antes de diez segundos estarán los tres levantados.

HIPÓLITO (golpeándose la frente, como si acabara de ocurrírsele una idea).—¡No, no es vuestro papá el que está aquí. Ni vuestra mamá... Tampoco es la institutriz. Es... es... ¡Oídlo bien, pequeños! ¡Es el padre Noël... Sí, chicos, el padre Noël!

LILI, ZEZETTE Y RIRI (radiantes).—¿El padre Noël?...

HIPÓLITO (con autoridad).—¡Como os lo digo! ¡El propio padre Noël con San Nicolás!... Pero no quiere que os levantéis: no le gusta que le vean... ¿Comprendido? ¿Lo habéis oído? ¿No miraréis?... ¡Bueno! (A Eugenio, a media voz). Y ahora, al galope: acabemos de limpiar el velador y corramos. (Tomando del mueble dos bomboneras de plata repujada y deslizándolas en sus bolsillos. Fuerte, en tono afectado.) ¡San Nicolás, pon en el zapato derecho de cada uno de los pequeños..., ya que han prometido no mirar ni volver la cabeza..., dos grandes sacos de «marrons glacés»! Sacos de diez kilos quinientos, sí...

EUGENIO (también con aceptación, guardándose una copa de jade y dos candelabros Luis XV).—En vista de que han sido obedientes todo el año, ¿podría dejarles también, en el zapato vacío, una caja de soldados de plomo, un automóvil, cinco libros dorados y un balón que anda sólo?

HIPÓLITO (apoderándose de un reloj de viaje, un platillo de vermeil y un cofrecito de marfil antiguo).—Sí, sí; hazlo, San Nicolás. Te doy permiso... Ponles todo eso. Elige lo que tengas más bonito en tu saco. (Comprobando que nada queda sobre el velador.) ¿Está ya, San Nicolás? ¡Bien! Marchemos. Si a todos los niños les obsesquiásemos igual que a éstos, poco quedaría para los demás del barrio.

Se cargan a hombros el paquete de los cuadros y el fardo con el resto de los objetos y se dirigen a la puerta.

LILI, ZEZETTE Y RIRI (sin volverse, puesto que el padre Noël se lo ha prohibido, y palmoteando de alegría, mientras salen Eugenio e Hipólito).—¡Gracias, padre Noël! ¡Gracias, San Nicolás! ¡Gracias!!

M. V.

**PASTILLAS
DE
CAFÉ
Y
LECHE**



**VIUDA DE
CELESTINO SOLANO**

Primera marca mundial LOGROÑO

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR DE BUEN HUMOR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

P. R. N. Madrid.—¿De manera que su amigo Saldaña, al enterarse de que su mujer le engañaba, vendió la *chaise-longue* para que se fastidiase?... ¡Caray! ¿Y cómo, habiéndoselo contado a usted Saldaña en secreto, resulta que nosotros ya lo sabíamos hace veinte años?... ¡Misterio! ¡Arcano tremebundo, que no descifrará ni ese fakir Bla-

¡¡PARA BODAS!!
SEGURA
FOTOGRAFO

4. Puerta del Sol, 4.
Teléfono 41-52 M.

camán que, sin ser indio, está haciendo el ídem en el Circo de Pricell.
M. F. P. Huelva.—Eso es una

barbaridad que no podemos tolerar de ninguna manera. Ni con censura ni sin censura. Aquí tenemos la misma dignidad para el amigo que para el adversario. Y somos tan finos y correctos que vamos al *watercloset* vestidos de frac, aunque a veces nos lo tengamos que quitar apresuradamente.



Boca sana -:- Dientes blancos.
Aliento perfumado.

CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

C. M. B. N. Madrid.—Es una leve burradita, que no tiene arreglo posible.

Roberto. San Sebastián.—
San Sebastián y su puerto es una total simpleza.
Te lo digo con franqueza, mi distinguido Roberto.

H. G. M. Madrid.—¿Que coloquemos su artículo en el hueco del periódico que mejor nos parezca?... ¡Pues ya está! ¡En el cestol...

Dordal. Barcelona.—Dice usted bien: Barcelona tiene Gracia... ¡Lástima grande que a usted le pase lo contrario que a Barcelona!

L. V. B. Barcelona.—

«A la puerta de tu casa me puse a llorar un día...»

Así empieza usted la dramática composición que nos ofrece, en la cual relata que tiene usted a su hermano preso y que su novia le cierra la puerta por ser hermano de un

¡¡Niños!!

Admirar la magnífica exposición que presenta en juguetes para Reyes

“MARCIANO” Montero, 41
T.º 44-93 M.

¡¡MALDONADO!!

El amo de los colchones
Fuencarral, 52 - T.º 20-55 M.
Sucursal: Leganitos, 27

Lana de las mejores ganaderías. Especificidad en colchones formi inglesa y alemana.
La Casa más prestigiosa de Madrid en su género.

Cafrete. Madrid.—Tú te llamas Cafrete, pero, a nuestro juicio, eres un pedazo de cafre mucho mayor que lo que te supones. Por tanto, llámate Cafrazo antes de que te lo llamemos nosotros, que va a ser en cuanto nos vuelvas a molestar con otra salvajada como la que nos has remitido.

Q. B. T. Alicante.—Es más malo que el chocolate de una cincuenta.

RAMOS Huertas, 7 duplicado.
Tel. 870 M. :-

Especialidad en bisoñes. Últimas novedades en postizos y transformaciones, con raya natural para señoras. Ondulación Marcel y eléctrica. Perfumería.

Entre otras muchas distinciones muy merecidas, ostenta el Gran Premio Medalla Oro en la Exposición de Bruselas, en Septiembre. 1925

asesino. Lo que nos preocupa es por qué se vá usted a llorar a la puerta de su amada, en lugar de verter el llanto ante la prisión donde sufre su hermanito. ¿Será tal vez que lo ha hecho usted ya, y que su distinguido *frère* le ha dicho enfadándose:

a la reja de la cárcel
no me vengas a llorar?...

Mazapanes de Toledo legítimos

DE HIJO DE F. MARTINEZ

VENTA Y EXCLUSIVA EN MADRID

13, PLAZA DEL PROGRESO, 13

Chocolates
Cafés

LA MADRILEÑA

Teléfono
24-22 M.

Porque si es así, no tenemos nada que objetar. Y hasta nos explicamos que, decidido a llorar en alguna parte, lo verifique usted delante de la mansión de la mujer querida, a la par que ingrata.

Temoso. Madrid.—¿Le parece a usted magnífico el aire de la sierra? ¡Pues encantados todos!... ¡Váyase a tomar el susodicho aire y déjenos en paz! Nuestra gratitud será imprecadera...

prenda! se ha dicho ya un montón ingente de veces. ¿A qué repetirlo, si no nos lo vá a agradecer nadie?

Calcógrafo. Valencia.—Si, en vez de ser su novia la que se quedó impedida en la catástrofe que nos cuenta, hubiera sido usted, el cuento nos parecería muchísimo mejor.

Peiudo. Madrid.—Rápele con el cero y no moleste a las redacciones honradas que no se han metido con usted.

E. V. P. L. Madrid.—La narración titulada *El pasmo* está muy mal; el soneto denominado *Remember* está peor; y la crónica llamada *Diorama* se está muriendo pero que a chorros. Comprenderá usted que, en estas condiciones, no hay negocio posible. ¡Vaya usted con Dios, si es que Dios aguanta tan desagradable compañía!

C. M. A. Oviedo.—¿A qué viene esa defensa de San Evaristo?... ¿Es que algún infame se ha metido con él?... ¡Porque, a nosotros que nos registren! ¡Aquí no ha sido!

ALBERTO RUIZ

Pulseras de pedida

CARRETAS, 7

A. A. M. San Sebastián.

Es su *Problema científico* un latazo sudorífico...

Por lo menos, a nosotros nos ha hecho sudar lo nuestro. Hasta tal punto, que el que esto escribe tenía un catarrazo de órdago y hoy está completamente aliviado, por lo cual le envía las más rendidas y estrepitosas gracias.

Pérez Madrid. Su poesía es una verdadera e indiscutible preciosidad, indigna de unos hombres tan analfabetos y tan estúpidos como nosotros. Una idea: ¿por qué no se la lleva usted a Berta Singerman?... Porque da la, para usted funestísima, casualidad de que el que esto

Si queréis estar muy majas, leer esto, os interesa, no existen corsés ni fajas, como los de *Casa Presa*.

Sostén pechos "Ideal"
Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

escribe se llama Germán. ¡Y en vista de que, con Germán no va usted a conseguir nada, a ver si consigue algo Singerman!

Laly. Barcelona. ¡Estridencias no! ¡Cochinerías, menos! ¡Y sátira política, ni hablar! De lo demás, puede usted mandar lo que quiera... Y nosotros le publicaremos, ¡claro está!, lo que nos dé la gana... Suponiendo que nos dé la gana de publicarle algo, que lo vemos bastante difícil...

Q. P. R. Cáceres. Mándenos por correo urgente las *haches* que faltan, y entonces leeremos el trabajo con la comodidad necesaria para resolver serenamente.

L. B. L. Linares. ¿Con que usted es un ensayista? ¡Vaya por Dios! ¡Lo malo es que usted lo que en-



Para las fiestas y reuniones familiares de Año Nuevo y Reyes.

Compre usted nuestras sorprendentes sorpresas con fuego de artificio.

COSACOS
CHRISTMAS
CRACHESR

Salvador
Cuesta

PRÍNCIPE, 10.

BUEN HUMOR

ya es a hacer el barro!... ¡Y lo peor es que lo hace usted magníficamente bien!..

P. B. S. Zaragoza. Opinamos con el mismo entusiasmo que usted

YRUELA

El fotógrafo más popular de Madrid.

Plaza del Progreso, 17.

sobre la Virgen del Pilar, pero no creemos necesario decirlo en letras de molde.

El de la Castellana. ¡Vaya usted al paseo de la idem!

Congosto. Madrid.—

Eso está muy mal Congosto

¡Te lo digo con *disgosto*!

Ramy. Buenos Aires. ¡Ah, si estuviera usted en España! ¡Qué clase de palo en la cabeza se ganaba usted de nuestra parte!

A M A D O R

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

G. G. Huelva. No tiene remedio. ¡Es usted un imbécil!

P. M. S. Bilbao. Su poema *El barco* nos ha mareado. Pero en represalia, el velero barquito ha naufragado en agua de *Cestona*.

Cliffer. Madrid. El dibujo no sirve, porque además de estar hecho con lápiz, está hecho con los pies.

Caén. Barcelona. Usted, amigo Caén, es como escritor, más malo que Caín, suponiendo que Caín escribiese como usted, que es una suposición algo aventurada y demasiado ofensiva para Caín.

Llamas. Sevilla.—¿Con que Llamas, eh?... ¡Pues te has fastidiado, porque no estamos en casa!...

J. E. S. Vigo.—¡Dios le ampare!

M. G. Palma.—Rechazado hasta la muerte.

Cenete. Madrid.—Es una tontería de lo más gordo que hemos visto en esta casa.

E. L. P. Madrid.—No sirve.

CUPÓN

correspondiente al núm. 212 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indiquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

La mamá - Oye, Paquito, ¿por qué reñías anoche en la cama con Manolo, no ves que es mayor que tú y siempre sales perdiendo?

—Ya lo sé, mamá, pero es que Manolo quiere tener razón en todo y eso no puede ser.

—¡Ah, vamos! ¿Y para no darle la razón te acostaste a los pies?

—No. Me acosté en los pies para darle en la cabeza.

Alvaro Ruiz.—Zaragoza.

—Papá, ¿para qué llevan ese fleje de acero en la delantera los automóviles?

—Para si chocan con algo, y se llama paragolpes.

—Pues, para... golpes mejor sería que llevaran un vergajo.

Pedro Soria.—Madrid.

¿Cuál es el colmo de un catalán chistoso?

Decir un chiste en la plaza de Cataluña y que caiga en gracia.

M. Ausoleos.—Zaragoza.

¿Qué será peor?

Un pollo (con peulancia).—Mire usted qué señora acaba de entrar en el salón: qué fea es la pobre. Ya puede estar tranquilo su esposo que no he de tratar de seducirla.

Un señor (tranquilamente).—Lo estaré. Esa señora es mi mujer.

El pollo (azorado).—Su... Perdón usted, si hubiera sabido... hubiera dicho todo lo contrario...

Tele.—Madrid.

Iba en un autobús un viajero y en el trayecto se le cayó un metro al suelo.

Se apeó del autobús para recogerlo, y otro de los viajeros exclamó.

—¡Se apea del autobús para coger el «metro»!

El niño bonito.
Salamanca.

¿Quién fué el precursor de la radiotelefonía?

Goliat el gigante, que fué quien sintió primero los efectos de la honda... de David.

José Celda García.
Valencia.

¿En qué se parecen los que tienen un aparato de galena a las mujeres que hacen media?

—En que cogen el punto con la aguja.

Francisco Camarero.

**Aparatos fotográficos
Gramófonos
Objetos para regalo
Jiménez: Preciados, 60**

Sucedido.

—¡Papá, cómprame un pavo!

—No hijo, que estamos de luto.

—Pues entonces, cómprame lo negro.

A. Pérez.—Cáceres.

¿En qué se parecen los chicos de la Escuela cuando se acercan los exámenes a los parches porosos?
... En que se aplican...

Eugenio Bourdón.
Madrid.

Entre amigos:

—Chico, siento decirte que a tu señora hay alguien que la hace fi-lín.

—¿Cómo? ¿Quién?

—Un cobrador del tranvía.

F. García Pastor.—Madrid.

Conferencia telefónica.

—Quién llama.

—Soy yo. Tu amigo Antonio.

—Pues no te había conocido.

—No me extraña. Me acabo de quitar la barba.

F. G. G.—Ceuta.



HERNIAS
Bragueros científicamente.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Agustó Figueras 8

Entre dos amigos:

El primero.—Cuanto tiempo sin vernos.

El segundo.—Es que caí enfermo.

El primero.—Hombre, pues yo caí estando bueno.

E. Castañé.—Melilla.

¿Cuál es el colmo de un carpintero?

Tener las hijas traviesas, los hijos listones, la mujer cómoda, y un perrito que menee la cola.

Lleó-Revuelta.—Valencia.

¡Soldado! si te acatarras no podrás gritar ¿quién vive?; pero puedes remediarlo tomando jarabe ORIVE.

—¿Qué cosa hay que sea más grande que el mundo entero, más pequeña que el más insignificante átomo de arena, que los muertos lo comen y que si los vivos lo comieran se morirían?

DIEZ GALLO

Para Navidad, cestas adornadas, turrónes, mazapanes, vinos, licores y toda clase de artículos de Navidad. Fábrica de chocolates, bombones y caramelos. Cafés tostados diariamente. COSTANILLA DE LOS ANGELES, 15. Plaza St.º Domingo. Teléfono 13 52 M.

—Pues nada.

—¿Y por qué?

—Porque más grande que el mundo no hay nada, más pequeño que un átomo de arena no hay nada, los muertos ¿qué comen? nada y si los vivos no comieran nada se morirían.

Mister Waya-Wais.

—¿Porqué siempre se le encuentra alegre al Semanario BUEN HUMOR?

—No sé.

—Porque sale todos los domingos.

Jesús Puente.—Madrid.

BRIHUEGA Carmen, 28
T.º 30-00 M.

Primera Casa de España en material eléctrico. Radiotelefonía. Lámparas filamento metálico. Casa prestigiosa que surte a los principales Centros de España.

Visítadla y os convenceréis.

Dice un marido a su mujer:

—¿Pero con qué se ha puesto nuestro hijo las manos tan arañadas?

—Con la escopeta que le has regalado.

—¡Ah, vamos! habrán sido los gatillos.

Pedro Soria.—Madrid.

Ella.—¿Cómo quieres que invitemos a mamá a comer?

El.—Con retrato.

Un aspirante al...—Alm. ería,

“BUEN PROVECHO”

Vino tónico de maravillosos resultados para ancianos y convalecientes

“Los Leas” Alberto Aguilera, 29
T.º 11-59 J. T.º

**SENSACIONAL
DESCUBRIMIENTO**
os asombrará en breve plazo



CREMA Polar

Para la limpieza de los dientes —Cura el dolor de muelas —Evita el sarro. Perfuma el aliento.

CORTES HERMANOS. — BARCELONA

En una tienda.
El dependiente.—Esto es, señor mío, el último adelanto de la ciencia.

He aquí un calcetín sin hilos.
El cliente.—¿Cómo puede ser eso?

El dependiente.—Porque es... de simple algodón.

Luis Pastor.

Entre verduleras.
—Oye Frasquita, mi vecina dice, que vende todas sus gallinas y un ganso.

—No le hagas caso, eso es que quiere deshacerse del marido.

Luis Gómez.—Melilla.

La diferencia de opinión nos divide a los españoles en dos bandos; sin embargo existe una coincidencia entre ambos en lo que respecta al tabaco que nos suministra la Tabacalera, unos dicen: *Quemaló* y otros; ¡Qué malo!

Chis.—T. T.

¿Le gusta oler bien?

Compre sus perfumes en
"Lillo".—Fuencarral, 62
A la presentación anuncio, 5% de descuento

En la taquilla de un teatro.

—Deme una butaca para la sección de noche.

—Para *Los chatos* no quedan.

—Es que yo tengo más narices que usted.

Antonio Romero.—Sevilla.

En un bar, cierto individuo jugando a los dados con varios amigos pierde y tiene que pagar el consumo hecho portodos.

Después él sólo coge los dados y comienza a sacar estupendas jugadas. Al ver esto fira desesperado cubilete y exclama iracundo:

—Está visto, con los demás siempre pierdo, pero... ¡jugando yo solo no hay quien me gane!

Garrofín.—Vigo.

En un exámen de Derecho Natural el Profesor pregunta al alumno: Relaciones entre la ley Divina y la revelada.

El alumno mira el programa, se queda pensando un rato, y por fin se levanta y dice muy amable:

—¿Me ha pedido usted relaciones? Usted dispense, estoy comprometido.

Joseguín.—Astorga.

Después de varios años de ausencia se encuentran dos amigos.

—¿Y qué ha sido de Luisa? Preguntaba uno de ellos.

—Al fin encontré un imbécil que se casó con ella.

MOISES Mercería y novedades Fuencarral, 74 y 76

Guantes, adornos, encajes, puntillas. Depósito de corsés inmenso y selecto surtido en medias de seda. Esta importante Casa vende todo lo mejor a los precios más económicos.

—¡Pobrecillo! ¿Le conoces tú?

—¡Ya lo creo! ¡Como que soy yo! Ernestín.—Barcelona.

—Cuando se casan dos primos, ¿qué hacen?

—Una primada.

—Y cuando no son primos, ¿qué hacen?

—Pues no casarse.

Tele.—Madrid.

Un estudiante, que vivía en la calle del Pez, se examinaba de Física.

—¡Figure usted en la pizarra —dijo el catedrático— un «electrómetro»!

La nena.—Mamá, quiero que le laves la cara a Pepito.

La madre.—¿A Pepito? ¿Y por qué voy a lavarle la cara al hijo del vecino? ¿Qué tengo yo que ver con eso?

La nena.—Es que estamos jugando a los novios y yo tengo que besarle.

Benjamín López.—Madrid.

Visitando a un tuberculoso crónico.

—¿Qué tal se encuentra usted, Ramón?

—Igual; voy pasando.

—¿Pero, no tiene más apatito?

—Lo mismo; como siempre.

—Pues así es como se repondrá usted, comiendo siempre.

R. Roig.—Tarrasa.

En el colegio.

El profesor.—¿Dónde está Toro?

Alumno.—En Zamora.

Profesor.—Bien, y ahora dígame ¿dónde está Zamora?

Alumno.—En el Club Deportivo Europa.

Pollo Fruta.—Madrid.

—Vengo de ofra a Fieta.

—Habrás estado maravilloso.

—Ha estado detestable.

—¿En qué obra le has oído?

—En la obra «Colonia social».

—No la conozco. Estará hecha por un maestro mediocre.

—Está hecha por Pablo Sabánés,

tal del mismo para llamar la atención al dicho señor y le preguntó:

—Escuche usted, caballero, ¿el cristal es de aumento?

María Luisa Ruiz.—Sevilla.

Un «rata» que está muriéndose en un hospital, recibe la Extremaunción del padre, y al expirar dice:

—Muero tranquilo, señor cura; sólo me queda el remordimiento de que hasta ahora he sido un «vivo».

Andra P.

—¿En qué se parece una pieza de tela a los nacimientos?

—En que todo es *pañño-nuevo*.

Alfa.—Oviedo.

Un borracho, encontrándose enfermo, fué a ver al médico y éste le dijo:

—Si queréis conservar la vida, dejad el vino.

A lo que respondió el borracho: —No puedo, doctor, paso por una taberna y una fuerza me atrae hacia el mostrador.

Esmaltes - colores - barnices
ZOIL GONZALEZ
MADRID Corredora Alta, 8
Teléf. 21-97 J.

Y entonces el doctor le propuso que al pasar por las puertas de éstas saltase para evitar la tentación.

Hízolo así el borracho por todas las calles que iba recorriendo, hasta que tropezó con una taberna cuya puerta era enormemente grande. Paróse, reflexionó y se dijo:

—Necesito tomar carrera para saltarla.

Y uniendo la acción a la palabra verificó el salto, que le salió tan bien, que se dijo: —Este salto se merece media caña; y se la bebió.

Sin pluma y cacareando.
Sevilla.

—¿Cuál es el colmo de un elegante?

—Dejarse dar un pufetazo en un ojo para ir a la moda.

J. S. M.

Dos individuos estaban bebiendo en una taberna, y uno de ellos saca el reloj para mirar la hora.

—¡Cómo! —exclamó el otro—. ¿Tienes reloj?

—Sí.

—¿Cuánto te ha costado?

—Seis meses de cárcel.

M. N.—Málaga.

Impreso este número en

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

a excepción de las páginas 9, 10, 11, 12, 33, 34, 35 y 36.

Para la encuadernación de "BUEN HUMOR"

Se venden en nuestra Administración,
Plaza del Angel, núm. 5.

El chico, se quedó «de una pieza»; pero reaccionó en seguida y yendo al encerado, dibujó un cuadro, con un asa, parecido a una caja.

El profesor, le preguntó qué era aquello, y él, con desparpajo, respondió:

—¡Es el estuche. El «electrómetro», está dentro...

Sor.—Madrid.

el mejor maestro de obras de España.

—Ya comprendo. ¿Y dices que Fieta ha estado mal? ¿Qué ha cantado?

—No ha cantado. Ha dirigido la palabra a los colonos.

R. Roig.—Tarrasa.

Cierta cigarrera de Sevilla, al ver a un señor exageradamente grueso sentado en un café, tocó en el cris-



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



A esa
velocidad
me afeito yo
usando
Jabón Gal
para la barba

Barra en estuche 1,25
Barrita 1 pta.